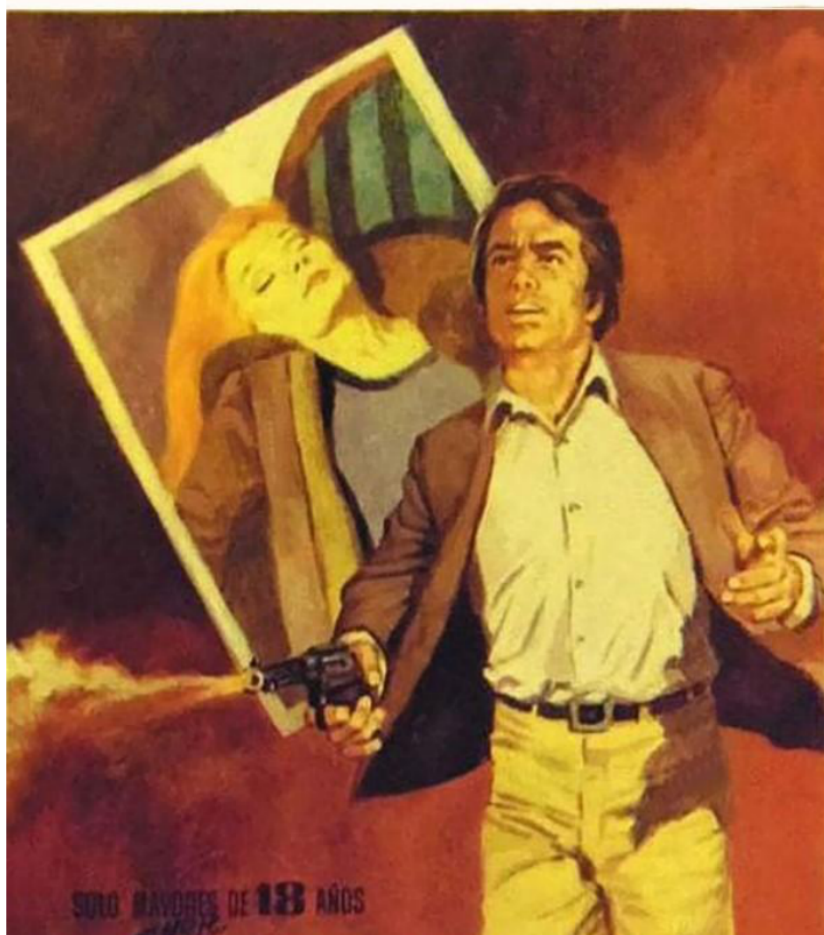


BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

LOS ASESINOS QUE NO QUERIAN MATAR

J. A. Dose





PUNTO ROJO



J. A. DOSE

LOS ASESINOS QUE NO QUERIAN MATAR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.019
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 28.225 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: noviembre, 1981

© J.A. Dose - 1981

texto

© Martín - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1981

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

998 — No sigan buscando a Vera Gil-Roy.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.579 — Rapsodia en rojo sangre.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

488 — Sangre en Río Diablo.

En Colección CALIFORNIA:

1.302 — Pistoleros en Sierra Blanca.

CAPÍTULO PRIMERO

San Francisco, la ciudad de las veintinueve colinas, es sin duda la ciudad más bella y acogedora de América del Norte. Sus calles son en pendiente como las montañas rusas y forman un enorme emparrillado.

En lo alto de la colina de Nob Hill está el barrio residencial que llega casi hasta Presidio, vieja fortaleza española, hoy ocupada por el VI Ejército de los Estados Unidos. Es una de las zonas socialmente más distinguidas, y en ella abundan las construcciones victorianas suntuosas y las fincas ajardinadas con torres de gran lujo.

Aún pueden verse en San Francisco más de 48,000 casas de ese estilo Victoriano que se salvaron del terremoto y que ponen un punto nostálgico en su belleza.

Desde lo alto de la Colina hasta la Bahía, descienden tres líneas de tranvías de cable, con enormes palancas de frenado.

En el centro está el barrio de la gente de negocios, réplica de Wall Street, donde destaca la Pirámide de la Transamérica Corporation, la calle del Oro (Gold Street) y la Plaza Unión, uno de los lugares más sofisticados, donde se venden flores en grandes paradas.

Tiene también su barrio japonés con unos doce mil habitantes.

Su barrio italiano, con unos cuarenta mil italianos.

Y su Chinatown, barrio chino a un paso del barrio de los negocios con sus centenares de restaurantes típicos de comida cantonesa.

Allí se negocia también de todo. Desde géneros clandestinos a simple artesanía china.

Pululan por él más de

70 000

chinos, descendientes de los que construyeron como mano de obra la vía férrea, el siglo XIX.

Entre el barrio comercial y Chinatown tenía yo un apartamento, mi oficina, y mi restaurante chino preferido, el «Nueva Seúl», de mi amigo Li-Wang-Pen, muy cerca de Sacramento Street.

Ya les he presentado someramente mi ciudad.

Ahora me presentaré yo.

Me llamo Roy Nelson, exteniente de «pies-pianos». (Esto en el «argot» del hampa no son otra cosa que policías) ahora me dedico, a «fisgón» o «pesquisa» que ya habrán adivinado que no es ni más ni menos que «Investigador Privado».

¿Que por qué dejé la Brigada de Homicidios?

Bueno, digamos que por no encajar mis métodos poco ortodoxos en muchos casos con los métodos que predicaban mis superiores.

Yo creo que mi divorcio con la Brigada fue debido a mi impaciencia.

Así por ejemplo, los interrogatorios los empezaba ya a guantazo limpio. Mis puños, que causaban respeto, me valieron el apodo de «Ciclón Nelson».

Ahora son cerca de las tres de la tarde. Estamos Rosie y yo en el restaurante de Li, acabando el postre.

Rosie Forbes es mi secretaria.

Un auténtico bombón, sí señores.

Con piernas de campeonato.

Profusión de curvas y cada una en el lugar adecuado.

Pero tiene un defecto terrible: ¡Quiere llevarme al altar!

¡A mí, rey de los misóginos! ¡Soltero impenitente!

Y si no... ¡Nada de nada...! Ya me entienden...

Así llevamos casi dos años.

Férreos en nuestros respectivos baluartes.

Esperando, cada uno del otro, un momento de debilidad que no llega.

—Jefe —dice ella—. Tiene buen aspecto el postre ese que toma, ¿qué es?

—Toffú.

—Me quedo igual...

—Es una especie de queso vegetal de soja, con setas y bambú.

—Otro día lo probaré, tiene buen aspecto. La verdad es que me he acostumbrado siempre al mismo postre y no salgo de tomar helado de vainilla con nueces y miel.

—Siempre he dicho que eres una chica de ideas fijas —la pinché.

—Yo también conozco otro que siempre piensa en lo mismo —gruñó a su vez. En aquel momento se acercó a nuestra mesa Li-Wang-Pen, seguido de un hermoso sueño.

Digo sueño, porque sólo soñando se ven hembras así.

Tendría unos veintitrés años. Cabello color fuego. Ojos verdes, rasgados, piel bronceada, esbelta, de busto firme y de un subyugante y felino andar. Ciertamente el cimbreo de sus caderas me produjo un escalofrío en la espalda.

Al apercibirse de cómo abría yo los ojos, Rosie se giró levemente para ver qué me habría producido aquella impresión.

Enarcó la ceja al par que su mirada daba un rápido y especulador vistazo a la acompañante de Li.

—Sécate la baba, Roy —me susurró con voz que sólo yo pude oír.

Me levanté cortésmente cuando se detuvieron ante nosotros.

—Señolita preguntal si señol Nelson podel atendela asunto muy, muy urgente. —Me dijo Li con rostro inexpresivo.

—Sí está en mi mano..., será un placer —dije con mi sonrisa especial para casos como el presente.

—Le dejo en compañía señol Nelson y señolita Folbes —dijo Li inclinándose ante la hermosa joven, y con otra reverencia a Rosie y a mí se alejó con sus cortos pero rápidos pasos.

—Me llamo Noemí Warren, señor Nelson —dijo la joven, tendiéndome la mano—. Es un placer —dije estrechándola—. Luego, volviéndome a Rosie añadí: Mi secretaria, la señorita Forbes.

—Mucho gusto —murmuró Rosie, con tono indiferente, aunque cortés.

—Siéntese —dije aproximando una silla de una mesa próxima.

Noemí Warren lo hizo sonriente.

—¿Ha comido? —pregunté cortésmente.

—Sí, gracias.

—Bien, usted dirá.

—Ante todo les pido disculpas por molestarles aquí pero me era urgente hablar con usted.

—¿Conmigo? —pregunté.

—Verá..., tengo muy buenas referencias de su competencia

como detective privado, y es muy urgente solventar mi problema.

—¿Cómo supo dónde encontrarme, señorita?

—Le seguí.

—¿Y cómo sabía que seguía a Roy Nelson?

—He visto varias veces su fotografía en los periódicos. Cuando le fui a visitar ustedes salían. Les vi subir en su coche. Les seguí hasta aquí. Torné luego unos bocadillos en el Frankfurt de la esquina y regresé. El señor Wang fue muy amable al permitirme verles.

—Pudo entrar al principio...

—Hubiese parecido que me autoinvitaba a comer con ustedes. Y usted ya iba acompañado, señor Nelson —parpadeó.

—Al señor Nelson no le hubiera importado, señorita Warren —dijo Rosie mordaz—. Le encanta la compañía de mujeres hermosas.

—Muy amable, señorita Forbes —agradeció Noemí Warren el cumplido con una sonrisa.

Y volviéndose a mí, me dijo:

—Vine hasta aquí porque temía no poder localizarle después, si por cualquier motivo no regresaba esta tarde a su oficina.

—Bien, pues usted dirá. Puede hablar tranquilamente delante de la señorita Forbes, nada de lo que diga trascenderá, puedo asegurárselo...

—Lo supongo, señor Nelson. El caso es que estoy aquí para evitar que se cometa un asesinato.

—¡Diablo! —exclamé—. ¿A quién van a reatar?

—No lo sé aún —dijo despaciosamente.

—¿Entonces?

—Pero conozco la identidad de quien va a cometerlo.

Agucé el oído, mientras bebía un sorbo de agua.

—Voy a ser yo, señor —dijo simplemente.

Aquello fue demas/ado. Me atraganté e hice un buen esfuerzo para recuperar el habla.

Miré a Rosie. Terna la boca abierta y una expresión de estupor en su rostro.

—Temo no haberla comprendido, señorita Warren —dije no repuesto aún por la sorprendente revelación—. Dice usted que desconoce quién será la víctima...

—Exactamente.

—Pero que usted será quien la mate —terminé.

—Eso dije.

—Pues si no me aclara este galimatías, no entiendo nada.

—Claro. Le comprendo. Debí empezar por el principio.

La miré expectante, esperando animarla con mi silencio.

—Todo empezó al salir de una fiesta. Me acompañaba a casa el socio de mi padre, Ronald Henderson. Su esposa, enferma, no había ido a la fiesta, y mi pareja Edwin Nolan se marchó a poco de que llegáramos, indispuerto. Yo estaba decidida a irme también, qué remedio, cuando vi a Ronald y supe que estaba solo. Decidimos que él me acompañaría, y Edwin se marchó.

»Al dejar la fiesta, tomamos el descapotable de Ronald y él propuso tomar una copa más en un club frente al que pasamos, creo que era el Black Penguin. Estuvimos allí una media hora, luego subimos de nuevo al auto. Desde entonces no recuerdo nada hasta las seis de la mañana en que me encontré ante la puerta de casa.

»Mi padre no se había levantado aún. Ni la servidumbre. Sin hacer ruido fui hasta mi dormitorio y me acosté unas horas; sentía bastante cansancio.

»Al mediodía me llamó Ronald, le había pasado como a mí. Sólo recordaba que habíamos subido al coche después de estar en el club. Su esposa advirtió que llegaba a aquella hora de la mañana y por lo visto discutieron acaloradamente. El, naturalmente, omitió que hubiese salido de la fiesta conmigo. Es más joven que su mujer, ¿comprende?, y el dinero es de ella.

»No volví a pensar en aquel extraño lapso de tiempo que no podía recordar hasta dos días después. Un mensajero de una agencia de repartos me traía un sobre cerrado y un ramillete de flores. Se fue sin esperar respuesta.

»Primero pensé que serían de Edwin con sus disculpas, pero luego vi con sorpresa que era un envío anónimo. En el sobre venían seis horribles fotografías en las que estábamos completamente desnudos Ronald Henderson y yo en posturas terribles.

Acompañándolas, había esta nota:

Noemí Warren interrumpió aquí su relato e introduciendo su mano derecha en el bolso extrajo un papel doblado que me tendió en silencio. Lo desdoblé cuidadosamente. Decía así:

«Con estas fotografías puedo arruinar la vida política de su

padre y su vida, Noemí Warren, la señora del Señor H. y su padre recibirán copias y también la “*Sexy 80 Revue*” a menos que usted se avenga a pagar su precio para recobrarlas. La llamaremos a las cuatro de la tarde. No avise a nadie. Ya sabe lo que se juega».

—¿Y la llamaron?

—Sí. Ayer tarde a la hora exacta anunciada.

—¿Cuál fue el precio? —pregunté a renglón seguido.

—Matar —susurró ella, apenas sin voz.

CAPÍTULO II

La impresión que las declaraciones de Noemí Warren me causaron motivaron que fuéramos rápidamente a mi oficina. No podíamos hablar de todo ello y tomar anotaciones en el restaurante de Li.

Cuando subimos en mi vetusto «Chrysler», al que yo adoraba, mi clienta hizo un comentario que ante mis ojos le hizo bajar varios enteros en su cotización.

—¡Ahí va...! Si hasta funciona y todo... —rió divertida.

—Y puede con mucha gente aunque esté gorda —gruñí sabiendo lo que las mujeres sienten por la gordura.

—No creí molestarle, señor Nelson. Perdona... —se disculpó la chica al advertir mi enojo.

—Lo hizo —sentenció Rosie, rompiendo su mutismo—. Su coche es tabú.

La chica enrojeció hasta la raíz de sus cabellos.

Llegamos en pocos minutos. Mi oficina estaba relativamente cerca del «Nuevo Seúl».

Rosie abrió la puerta de la oficina accionando el interruptor de la luz y nos cedió el paso, haciéndose a un lado con fría eficiencia.

Fuimos directamente a mi despacho.

Ofrecí un asiento de los dos tapizados en cuero a Noemí Warren frente a mi mesa y yo la rodeé para ocupar el enorme y cómodo sillón que tenía allí y esperé unos segundos a que Rosie tomara asiento a su vez en una silla con un bloc sobre las rodillas.

Mi mirada fue de las hermosas rodillas de mi secretaria a los bellos ojos de Noemí Warren, que relucían con un brillo que me trastornaba.

—¿Qué puedo hacer en mi situación, señor Nelson? —preguntó mi cliente con avidez.

—Es obvio que no puede pagar ese precio.

—Pero entonces...

—Entonces, hay que encontrar al que la extorsiona. Haga memoria, señorita Warren.

¿En qué momento convinieron con Edwin Nolan que él la acompañaría a la fiesta?

—Pues... No sé, tal vez una semana antes... no recuerdo exactamente.

—¿Tienen amistad personal entre sí Edwin Nolan y Ronald Henderson? —Seguí preguntando.

—No. Se conocen, pero no creo que tengan una buena amistad entre ellos.

—¿Y la señora Henderson, conoce a Edwin Nolan?

—Sí. Supongo que sí. Han coincidido varias veces, que yo sepa. ¿Adónde quiere ir a parar?

—Veamos, señorita Warren. Corríjame si estoy equivocado —hice una pausa para encender un cigarrillo y exhalar una bocanada de humo—. Para que pudieran fotografiarla con Henderson, tenía que acompañarla éste y por tanto fallar Edwin Nolan. Ambos quedaron de acuerdo en que Ronald Henderson la acompañaría antes de que Edwin Nolan se retirase a causa de su indisposición. ¿Es así?

—Sí.

—Prosigamos. ¿De qué vive Edwin Nolan? ¿Tiene su misma posición económica?

Noemí Warren enrojeció nuevamente y vaciló antes de responder.

No. No tiene mi posición.

—¿Podemos decir que no tiene un dólar? —Sonreí mordaz.

—Es usted un poco duro, señor Nelson —dijo Noemí Warren removiéndose inquieta en el sillón.

—Pero acierto, ¿no? —Seguí—. ¿Es un *playboy*?

—Algo así —concedió la joven con una mueca de disgusto.

—Supongamos que la señora Henderson tiene una buena amistad con Edwin Nolan. El asunto de las fotografas le dejaría el campo libre. Divorcio fácil de Ronald y venganza con respecto a usted. Ahí tiene una posibilidad.

—No lo creo, señor Nelson —dijo Noemí—. Edwin Nolan tratando de conquistarme sacaría mas beneficio. En cuanto a Ethel

Henderson ella es la que tiene el dinero; le sería fácil deshacerse de Ronald y sustituirlo, si así lo deseara.

—¿Conseguiría conquistarla Edwin Nolan? —inquirió mirándola fijamente.

—No —dijo sin vacilar.

—Eso acaba con lo que dijiste, Noemí —dije tuteándola.

De reojo vi que Rosie levantaba la vista del bloc y me miraba.

—Estoy hecha un mar de confusión —confesó la joven cerrando los ojos un instante, como tratando de borrar algo desagradable.

—Y estamos perdiendo de vista el móvil de la extorsión.

—¿Qué quiere decir? —preguntó con una débil sonrisa.

—Que no es dinero, Noemí. Es matar. Y no sabemos a quién.

—¿Qué debo hacer, entonces? —dijo la joven con desaliento.

—Esperar a conocer el nombre de la víctima. Entonces tal vez tengamos el móvil que ahora se nos oculta. Yo, mientras tanto, iré estudiando los datos que tengo. Estaremos en contacto, no te preocupes.

—No hemos hablado de honorarios. ¿Le parece bien que le entregue momentáneamente seis mil dólares? Estoy dispuesto a pagarle quince mil dólares, gastos aparte por librarme de esta amenaza, ¿es suficiente?

Asentí con la cabeza. La cifra me había dejado sin voz. Soy un detective caro porque siempre dejo contento a mi cliente. Pero no tanto.

Rosie se había puesto el lápiz en la boca, supongo que para no gritar y por un momento temí que se lo tragase.

Noemí Warren sacó un rollo de billetes de su bolso y separó la cifra mencionada, dejándola ante mí, después de levantarse.

Sus pechos, cuyo nacimiento veía por el escote de su vestido, quedaron al agacharse al alcance de mi vista. Eran redondos, prietos, magníficos y pude advertir fugazmente los resáceos rosetones en cuyo centro había dos rajas cerezas.

Por un momento olvidé los seis mil dólares.

Yo soy así. Y pensé que tendría que dejar muy contenta a Noemí Warren.

No llevaba sujetador y maldita la falta que le hacía.

Ella se dio cuenta de lo que yo había visto.

Por un momento me imaginé a mí mismo con el rostro del lobo

feroz; no había para menos.

Pero hizo caso omiso. No se sonrojó. Por lo contrario sonrió abiertamente.

Tiene mi dirección en la guía telefónica, señor Nelson...

—Estaremos en estrecha comunicación —dije.

Y al oírme, el que se sonrojó fui yo.

Apenas había transcurrido media hora desde que Noemí Warren abandonara mi despacho.

¡Vaya «puzzle»!

Ninguna pieza encajaba con otra.

No veía por dónde empezar.

Hacía unos minutos que no oía a Rosie teclear en la máquina. Me levanté de mi sillón giratorio y decidí asomarme al antedespacho.

Abrí la puerta y, como otras veces, pude disfrutar de aquel hermoso espectáculo. A veces he sospechado que lo preparaba.

Rosie estaba tensándose una media y centrando la costura.

No pude menos que admirar aquella pierna tan bellamente torneada. Suspiré. ¡Diablo de chica!

¿Por qué tenía que sorprenderla siempre en la misma operación?

Así era imposible concentrarse en amenazas ni chantajes.

Al advertir mi presencia, me miró de reojo y sonrió, pero no bajó la falda hasta haber dejado la costura en el lugar debido, a pesar de notar fijos en su cuerpo mis ojos como tantas otras veces los había notado.

—¿Querías algo, Roy? —preguntó luego inocentemente y me dedicó una encantadora sonrisa.

Me quedé pensativo y confuso a la vez.

¡Claro que quería algo!

—Esto... pues... no. No —balbuceé mintiendo como un bellaco —. ¿Tomaste ya las notas? —añadí, por decir algo.

—Naturalmente. Y te he anotado las direcciones de Noemí Warren, de los Henderson y de Edwin Nolan —dijo con frialdad.

—Eres un encanto.

—Ya. Me lo has dicho otras veces.

—¿Sí?

—Sí. Siempre que querías algo.

—¿De veras?

—No seas cretino, Roy Nelson. Te conozco demasiado.

—Eso es lo malo —gruñí.

—¡Ah, lo reconoces, eh!

—¿El qué?

—Eso.

—¿Y qué es eso?

—De sobra lo sabes.

—No sé de qué me hablas.

Sí lo sabes...

¡No lo sé!

—Espero que antes de cumplir los sesenta se cure tu alergia.

—¿Alergia? —dije sorprendido.

—Al matrimonio.

—No paras, ¿eh? Eres una obsesa.

—Y tú un imbécil. También yo tengo ganas de acostarme contigo.

—Pero pasando...

—Exactamente. Por la iglesia. —Me cortó.

—¡Uf! —Rezongué.

Fue match nulo. Se abrió la puerta y entró otro bombón.

Bueno, otra chica imponente. ¡Vaya tarde!

Bella como una diosa griega.

Vestía un traje de chaqueta gris, con la minifalda más corta que viera jamás. Sus ojos eran grandes y redondos. Su nariz respingona y sus labios gordezuelos y sensuales. Un cabello negro azabache caía en cascada sobre sus hombros. Su rostro bellísimo expresaba sin embargo una gran preocupación.

—¿El señor Nelson? —inquirió.

—Yo mismo —respondí tendiéndole la mano.

—Encantada —sonrió al estrecharla, mostrando una bellísima dentadura, le indiqué la puerta de mi despacho, y me volví hacia Rosie guiñándole el ojo, mientras la recién llegada me precedía.

—La llamaré si la necesito, señorita Forbes —dije en tono profesional.

Rosie gruñó algo que no pude entender y me dirigió una mirada asesina. Luego se puso a machacar la «Underwood» aporreando furiosamente las teclas.

Sonriendo, cerré la puerta tras de mí.

—Me llamo Enid Marton, señor Nelson —dijo aquella golosina.

—Mucho gusto —dije ofreciéndole asiento con un gesto.

Fue un auténtico espectáculo ver cómo se sentaba y cruzaba las piernas con aquel esbozo de falda que las mostraba en toda su plenitud. Eran de las más perfectas que había visto. Y en esto era un entendido...

Haciendo un esfuerzo, me sustraje a su contemplación y me senté.

—Usted dirá... —invité.

—Tengo un problema muy serio, señor Nelson. Lo cierto es que no sé cómo empezar.

—No tenga reparo alguno —sonreí, animándola—. Un abogado es como un confesor...

Sus ojos se clavaron en mi insistentes, impertinentes, como valorándome.

—Me extorsionan —dijo de pronto.

Enarqué la ceja.

—Siga —murmuré mirándola con simpatía.

—Voy a casarme con Howard Garrett, señor Nelson. Supongo que su nombre le es familiar.

Asentí. Era el hijo de un banquero. Una de las más sólidas fortunas de San Francisco.

—Algo que pasó hace dos años podría, de ser conocido, anular ese enlace. Para mí no sólo significaría el fin de un sueño que soluciona mi vida, sino que podría tener graves consecuencias que quisiera evitar.

—¿No puede ser más explícita?

Enid Marton titubeó unos segundos.

—Estuve conviviendo con un hombre, que luego me explotó prostituyéndome. Mi padre lo ignoraba. Me fui de casa, quería más libertad y fracasé. Aún hoy mi padre no sabe nada.

—¡Ahí! —dije.

—Luego ese hombre apareció muerto —añadió nerviosamente.

—¿Y?

—Conozco su fama. Sé que usted es leal con sus clientes... —vaciló.

—Si los acepto como tales, sí —dije fríamente.

La alarma se pintó en el rostro de mi interlocutora.

—No he dicho que la rechace como cliente —añadí suavemente.

—Pero puede hacerlo, ¿verdad? —preguntó con desaliento.

—Puedo, claro está.

Vaciló una vez más. Parecía querer decir algo y no se atrevía. Hubo una larga pausa que ella rompió, diciendo:

—De todos modos estoy pérdida, señor Nelson. Tengo que confiar en usted... Yo maté a aquel canalla, pero no se encontraron pruebas. Ahora, en cambio, alguien me amenaza con probarlo. ¿Comprende? Un escándalo fenomenal. El fin de mi rehabilitación y la cárcel son un precio muy alto a pagar después de lo que sufrí.

Callé, pensativo.

—¿Qué le piden a cambio del silencio de esas pruebas?

—Matar a alguien, señor Nelson. Y no quisiera hacerlo. —Sus labios temblaban más tentadores que nunca, al hablar.

Di un brinco en mi sillón giratorio.

Con menos, algunos han sufrido un infarto de miocardio.

CAPÍTULO III

Traté de concentrarme en lo que acababa de escuchar.

La revelación de Enid Marton fue la gota que rebasó el vaso.

¡Dos en una tarde! Y con idéntico problema:

¿Porque venían a mí? La miré de hito en hito.

—¿Cómo le comunicaron el precio, Enid? —pregunté tras un corto silencio.

—Me entregaron una nota en una fiesta. —Rebuscó en su bolso y me tendió un papel—. Mire.

Tomé la hoja de su mane.

Eran garabatos en letra mayúscula. Muy difíciles de atribuir a nadie. Decían: «Sé y puedo probar quién mató a “*Dandy*” Fowler. ¿Cree que Howard Garrett se casaría con una prostituta? ¿Lo permitiría su padre Mark Garrett? Piénselo fríamente. Le avisaré del precio de mi silencio».

Levanté la vista del papel, esperando una aclaración.

—El precio es matar a alguien que me será señalado —dijo Enid Marton—. ¿Comprende ahora? ¡No puedo hacerlo! No soy una asesina aunque aquella vez maté. Fowler lo merecía.

—¿Qué opina Mark Garrett de su noviazgo con Howard? —inquirí.

—No le gusta demasiado. Pero gran parte de la fortuna de Howard procede de su madre... Para él sigo siendo la secretaria de su hijo.

—Comprendo —murmuré pensativo. Luego inquirí—: ¿En qué fiesta y cómo recibió esa nota?

—Fue hace tres días en casa de los Cranston. La nota me la entregó una camarera, Nelly. El sobre lo trajeron a mano, a mi nombre, claro.

—¿Qué amistad la unía a los Cranston?

—Phil Cranston forma parte de un Consejo de Administración

con el padre de Howard.

—¿Qué Consejo? ¿Lo recuerda? —Seguí preguntando.

—Una sociedad minera. Algo así como «Mac Linton Mines and Co.».

—¿Quiénes forman ese Consejo?

—No sé, no recuerdo más que a Thomas Warren, a Ronald Henderson, Clarence Norton, Phil Cranston y Mark Garrett.

Silbé por lo bajo.

Algo comenzaba a ligar.

—¿Cuántos son los componentes en la administración de la «Mc Linton Mines»?

Mi pregunta la debió sorprender, por ello noté una vacilación.

—Creo que son ocho los componentes del Consejo. Entre ellos reúnen casi todas las acciones.

—¿Qué sucedería con sus acciones si algunos muriesen? ¿Hay alguna cláusula especial? —aventuré—. Habiendo sido secretaria de Garrett algo sabrá, ¿no?

—Las acciones de su participación tendrían que venderse forzosamente a los otros socios —dijo escuetamente.

—Comprendo —dije con aire de suficiencia, pero la verdad es que no comprendía nada.

—¿Desea algo más de mí? —insinuó Edit Marton.

Si le hubiera dicho la verdad..., pero mentí.

—No —dije. Y estaba convencido de recriminarme toda la vida por ello; la chica estaba imponente.

—¿Sus honorarios? —preguntó—. No hemos concretado...

No me dio tiempo a responder. Dejé cuatro mil dólares sobre mi mesa, sacándolos de su bolso.

—¿Es suficiente? —preguntó. Una tímida sonrisa había comenzado a florecer en sus labios.

—Casi con seguridad —respondí impresionado.

—Si suben algo más sus honorarios... no dejaré de percibirlos, se lo aseguro.

—Estoy convencido —dije sin que ello me importara realmente.

—¿Dónde puedo localizarte, Roy? Me refiero en caso de urgencia. Le di la dirección de mi apartamento y el teléfono.

Me gustó que me tuteara.

Como me gustaron su piernas... y todo lo demás.

Se levantó.

Fue igual. Su corta faldita siguió alegrando mi vista.

—Una última pregunta —dije—. ¿Te suena el nombre de Edwin Nolan?

Y la tuteé a mi vez.

—Ese Nolan, creo que fue amigo de «*Dandy*» Fowler, pero yo no llegué a conocerlo.

¿Quién es?

—Una copia de Fowler —gruñí aventurando mi opinión.

—Un hijoputa, ¿no? —aclaró ella.

—Con todos los números —reí animosamente.

—Voy a irme, Roy —musitó—. Dejaré fuera mi dirección a tu secretaria.

—Te tendré al corriente —dije.

—A cualquier hora. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —sonreí.

—¿Aunque sea de noche?

Nos miramos fijamente.

—¡Claro! —susurré.

—Entonces... hasta pronto... —dijo besándome suavemente en los labios y, apartándose antes de que pudiera sujetarla, abrió la puerta y salió.

Rosie la vio salir y me miró especulativamente por encima de su máquina de escribir.

Ante ella me sentía desnudo. Leí fácilmente en mi cerebro.

Debió convencerse por esa rara intuición que tienen las mujeres de que no había ocurrido nada y me sonrió.

Luego clavó sus ojos en mí y preguntó:

—¿Todo bien, Roy?

—¡Hummm! —respondí pensativo.

—¿Algo importante? —insistió.

—Ven al despacho. Te lo contaré.

Sabía que ella se iba a sorprender.

Lo que no sabía es que, dentro de unos minutos, yo iba a llevarme una sorpresa. La tercera de aquel día. También ignoraba que iban a producirse más.

Rosie se había sentado en el borde de la mesa dejando que sus

piernas colgaran balanceantes y tentadoras, escuchando con atención. —Y eso es todo, Rosie— dije terminando así mi detallado relato, mareado de seguir el balanceo. Costaba sustraerse a aquella hermosa visión.

—¿Quieres que me informe sobre esa Sociedad de la que todos parecen formar parte? —Sí. Es lo que te iba a pedir. Composición, fortuna personal de los miembros, etc... Y no estaría de más un informe acerca de es Edwin Nolan.

—Okey —dijo saltando ágilmente, con un revolteo de la falda.

Y Rosie se encaminó hacia la antesala, donde tenía su escritorio de recepción. Me gustaba el suave contoneo de sus caderas en forma de ánforas cuando andaba y contemplar aquellas piernas bien torneadas, rematadas en finos y elegantes tobillos.

Notaba calor en todos los poros de mi piel.

Suspiré profundamente.

Ella debió oírlo pero no se giró.

Entonces sonó el timbre de la puerta vidriera.

Rosie aceleró el paso y salió de mi vista.

Era el portero del edificio, según identifiqué en el murmullo de voces.

—Hola, señorita Forbes —decía— traigo una carta para el señor Nelson. La trajeron a mano hace unos minutos. Es urgente.

Oí esta conversación y salí de mi despacho.

—¿Qué hay, Baxter? —saludé.

—Una carta para usted, señor Nelson.

La tomé. Era un sobre alargado y muy abultado. Sin remite.

—Qué raro que no la dejaran en el buzón... —comenté.

—Me dijeron que era muy urgente. Me largaron cinco «pavos» por subirla al momento.

Silbé sorprendido.

—¿Quién la trajo? —inquirí.

—Un hombre. Muy fuerte, alto.

—No es mucho para que pueda saber si lo conozco o no.

—Sí, claro —dijo Baxter desalentado.

De pronto su rostro se iluminó.

—Oiga, señor Nelson, ahora recuerdo algo que puede ser importante. Ese tipo tenía una buena cicatriz en la barbilla y los lóbulos de las orejas muy grandes. Me fijé en eso.

—¡Bravo, Baxter! Te has ganado otros cinco «pavos» —sonreí y metiéndome la mano en el bolsillo le largué un billete por dicho importe.

—Muchas gracias —dijo el tío con el rostro radiante—. Espero que sean buenas noticias.

Apenas había empezado a cerrar la puerta de la oficina tras él, cuando volvió a asomarse. Ahora tenía el rostro grave.

—Oiga. ¿No será una carta-bomba, verdad? ¡Como usted se mete en tantos líos!

Nos miramos con Rosie, Había preocupación en su semblante.

Tragué saliva con dificultad.

Y la mano con que sostenía el sobre me empezó a temblar ligeramente.

Se podía haber callado el bueno de Baxter. ¡Qué cabrón!

—No, hombre, no —murmuré. Más para convencerme a mí mismo que a él.

—Bueno, ¡adiós! —dijo. Y cerró la puerta con aire apesadumbrado.

—¿Vas a abrirla, Roy? —preguntó Rosie con cara preocupada.

—Claro.

—¿No será...?

—No, no —dije no demasiado convencido.

La sopesé un momento y de pronto me decidí.

Rasgué el sobre violentamente.

No pasó nada. ¿Por qué tenía que pasar?

Pero su contenido hizo que tanto Rosie como yo, abriéramos unos ojos como platos.

¿He dicho platos...?

Quise decir como ruedas de autobús. ¡Vaya bomba!

Había un papel doblado y un fajo de billetes de quinientos dólares nuevecitos crujientes como las galletas.

Desdoblé el papel. Decía así:

«Hoy han venido dos mujeres a pedirle ayuda. Déjelas seguir su suerte. La suya es recibir estos cincuenta mil dólares que le servirán para tomarse unas vacaciones. Si no obedece mi sugerencia, quédese asimismo con el dinero, le servirá para pagarse un buen entierro. Sólo aviso una vez. Mejor que no vuelva a

tener noticias mías».

Estaba escrito en caracteres grandes. Y, naturalmente, sin firma.

—¿Qué haremos con el dinero? —preguntó Rosie preocupada. Había leído el papel al mismo tiempo que yo.

—¡Quedárnoslo! Por lo pronto vamos a cerrar la oficina y nos iremos a tomar unas copas. El día ha sido productivo y hay que celebrarlo. Luego iremos al «Nueva Seúl» y le diremos a Li que nos prepare algo especial para cenar, y más tarde empezaré a trabajar. Rosie me miró de un modo extraño, pero no dijo nada.

Mis trabajos nocturnos no solían agradarle, y menos después de haberme entregado las direcciones de mis dos nuevas clientas.

CAPÍTULO IV

El

«Flower's

Saloon» era un antro de explotación de máquinas tragaperras. Su público era muy heterogéneo ya que lo frecuentaban hampones, vendedores de «nieve» y drogadictos, todo con la máxima discreción. Aquella noche estaba tan concurrido como siempre y tenía la misma densa atmósfera de humo como de costumbre. Asimismo se percibía la usual gama de olores variados que no lo abandonaban. Desde el olor agrio del sudor a una variada aroma de perfumes baratos capaces de tirar de espaldas a un elefante.

Fui allí en busca de Mike el Hurón.

Otras veces me había costado un puñado de monedas esperarle porque por puñetera casualidad nunca estaba cuando iba yo.

Pero esta vez lo vi.

El también y, como de costumbre, vaciló entre quedarse o apretar a correr.

Se quedó.

Le merecía menos respeto desde que me sabía fuera de la policía. Aun así, temía mis puños y eso me daba un cierto ascendiente. —Hola, «fiscón»— me dijo sonriendo. —Hola, «hurón»— saludé a mi vez.

—¿Qué tripa se le ha roto?

—Ninguna —dije pacientemente—. Busco una información.

—Si pensó en mí, se equivocó, no soy un chivato.

—Eres eso y muchas cosas más feas, «hurón».

—Adiós, Nelson —dijo dando media vuelta—. Ya lo hemos hablado todo.

Lo así del brazo y le hice girar de nuevo, encarándolo conmigo.

—No corras tanto, amigo —dije con voz ronca.

—¡Suélteme! ¿No ve que nos están mirando?

—¡Mejor!

—No me gusta que nos vean juntos.

—¿Temes por tu reputación, sabandija?

—Pueden sacar consecuencias equivocadas, y eso es peligroso para mí.

—Dime lo que quiero saber y me largaré.

Sopesó mi oferta. Miró a su alrededor y se decidió.

Yo aún lo tenía agarrado y lo solté.

—¿Qué quiere saber?

—Eso ya está mejor «hurón». Busco a un tipo alto, fuerte, que...

—No me diga que se ha vuelto marica, Nelson. —Rió sonoramente.

Le cogí de nuevo por las solapas de la americana y lo atraje hacia mí.

—¿Quieres que te rompa la cara, mamón? —Gruñí.

—Está bien. Está bien. Fue una broma. No se ponga nervioso. Enseguida se sulfura...

—Otra broma más y no te dejaré un hueso sano, «hurón» —gruñí entre dientes soltándolo de un empujón—. Como te dije busco a un tipo alto, fuerte, con una buena cicatriz en la barbilla y los lóbulos de las orejas muy grandes. ¿Lo conoces?

¡Diablos, Nelson! ¿Y por qué he de conocerle?

—Porque debe ser otro hijo de perra como tú.

—¡Hummm! No ha mejorado su vocabulario...

—En cambio yo estoy seguro de que tu memoria al que lo ha hecho.

—¿Por qué?

—Porque te conviene —dije.

—Ahora no puede amenazarme, Nelson. Usted ya no es policía y yo soy un honrado ciudadano que vive decentemente.

—Acaba el rollo. No sigas, o mi úlcera de estómago se irritará.

—¿Qué obtendré yo a cambio? —preguntó dubitativo.

—Veinte dólares —gruñí.

—No es mucho —observó.

—Veinte dólares y conservar tu feo rostro es una buena oferta. Además estoy en buenas relaciones con el teniente Hawkins, ¿comprendes? No quisiera recomendarte...

—Sí, eso es lo que he oído —dijo desalentado. Luego tras una

pausa, añadió—: Colaboraré.

Y me tendió la mano con la palma hacia arriba, el muy marrano.

—Primero la información —sonreí entre dientes.

—Se llama Ernie Spencer. Fue boxeador en tiempos, ahora no pega ni sellos.

—¿Fue boxeando que le abrieron la barbilla?

—No, eso fue un botellazo en una riña.

—¿Dónde le puedo encontrar?

—A veces frecuenta los billares de Slim. Ya conoce el lugar.

Asentí. Allí había armado un par de buenas trifulcas.

—¿En qué trabaja, lo sabes?

—Bueno, no hace mucho me dijeron que trabajaba para una empresa importante de minas.

Agucé el oído. Aquello empezaba a interesarme.

—¿Era la «Mac Linton Mines and Co»? —inquirí.

—La misma, Nelson. ¿Cómo lo supo?

—¿No sabrás dónde vive, verdad? —dije ignorando su presencia.

—No.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Voy a darte cincuenta dólares en vez de veinte. Te los has ganado. Pero óyeme bien. Nada de avisarlo. ¿Entiendes? Si me espantas la caza, me haré una cartera de mano con tu piel.

Le tendí los cincuenta «pavos», que Mike el Hurón hizo desaparecer rápidamente en el interior de su americana.

—Gracias, Nelson —sonrió con cretinez—. Empiezo a variar de opinión acerca de usted. ¿Gracioso, eh?

—Me importa una mierda, Mike —dije alejándome sin tenderle la mano.

Cuando ya estaba un poco lejos, aún oí su voz:

—Cuide ese vocabulario, Nelson —decía burlón—. Apesta.

Y yo era el «primo» que le había soltado cincuenta «pavos» en lugar de un tortazo.

—Estoy degenerando —mascullé para mis adentros, mientras me dirigía a la salida.

Los «Billares de Slim» tampoco habían cambiado desde la última vez en que «averié» allí a un par de clientes.

He de aclarar que aquello era algo así como un centro de

contratación de matones y que, por lo tanto, sus clientes eran escoria.

Todos eran pandilleros baratos; hampones de suburbio pero no por ello menos efectivos, que entre «trabajo y trabajo», jugaban a billar. Algunas incluso bien.

La atmósfera no difería mucho de la del «Flower's».

El humo era tan denso que recordaba «el puré de guisantes» (Smog) londinense. No vi al hombre que buscaba. A Ernie.

Bajé los tres escalones de la entrada y me dirigí hacia el fondo del local. Allí estaba Slim.

Su calva relucía como otra bola de billar más, pero gigante. Vestía pantalón negro y chaleco floreado y llevaba manguitos negros sobre su impoluta camisa blanca.

Parecía un tahúr del Oeste o más bien un jugador de barco flotante.

Me vio llegar y su ojo derecho comenzó a parpadear nerviosamente.

—No he hecho natía, Nelson. No me he metido con usted. Se lo juro. —Calma, Slim. Para el carro. He venido en pian turístico—. ¿Turístico? —inquirió no del todo tranquilo.

—De observador simplemente.

—¿Busca a alguien? —preguntó.

—Muy sagaz, Slim. Sí, busco a alguien.

—¿Lo conozco?

—Frecuenta esto según mis informes.

—¿Puedo saber quién es?

—Ernie Spencer.

—No trabaja para mí —dijo suavemente y respirando a la vez.

—Lo sé. ¿Viene cada noche?

—No siempre. ¿Quiere que le dé algún recado?

—No. Todo lo contrario, no debe saber que lo busco. ¿No conocerás su domicilio, verdad?

—Tal vez. ¿Puedo saber para qué lo busca? Pura curiosidad...

—Tengo que darle las gracias. Me trajo a la oficina un sobre con cincuenta mil dólares, sin remitente.

—Muy gracioso —rió Slim.

—Es la para verdad, Slim. No lo digo en broma.

Slim escrutó mi semblante, dudando, pero lo que debió ver en mi expresión le convenció de que hablaba en serio.

Espera un momento, Nelson. Voy a buscar esa dirección.

Se ausentó unos minutos. Mientras, me dediqué a observar cómo jugaban los de la mesa vecina y a pasear la mirada por el local.

Vi un par de rostros conocidos, pero ni rastro del tal Spencer entre las dos docenas de tipos que se movían por allí.

Eran poco más de las once, según pude ver en mi reloj.

Un poco temprano tal vez para que aquello estuviese animado.

Slim reapareció en aquel momento tendiéndome un papel.

—La dirección que busca, Nelson. Supongo que sobra decir que yo no se la di. No quiero problemas.

—Nadie lo sabrá por mí, Slim. Por mi parte, espero que no le hayas advertido de mi visita. No lo vería bien, ¿entiendes?

—¿Siempre tan zorro, eh, Nelson?

—Simplemente tan cabrón como tú. Por eso conservo mi piel. Además ya me conoces.

Si me la jugases te convertiría el local en una fábrica de mondadientes.

Slim sonrió forzosamente.

—He jugado limpio, Nelson. No quiero problemas con usted.

—Por esta vez voy a creerlo, Slim. Hasta otra.

—Mejor hasta nunca. Nelson —dijo fríamente.

Sonreí.

Da gusto tener buenos amigos.

Miré hacia arriba. El cielo era como un oscuro zafiro.

Agradecí el airecillo nocturno de San Francisco aquella noche. Después de visitar el

«Flower's»

y el antro de Slim, tenía los pulmones con el índice de peligrosidad tope en contaminación.

Me encaminé hacia la reliquia de la casa «Chrysler», que me servía de coche. En verdad que, pese a la vetustez, era una buena propaganda para la marca constructora. Siempre se ponía en marcha a la primera y nunca se avenaba. ¡Increíble!

Tenía necesidad de meterme en algún «Scotch» a tomarme un par de «Johnnys» para desembozar la tráquea y limpiarme la

garganta antes de visitar al amigo Spencer.

Subí al coche y entonces por el retrovisor lo vi.

Un «Cadillac» negro se ponía en marcha al mismo tiempo en la acera contraria, unos cien metros atrás. Sólo parecían ocuparlo dos tipos.

¿Casualidad? Yo no creía en ella.

Mientras me despegaba de la acera, comencé a pensarlo.

El sobre que Spencer me había hecho entregar me había llegado sin duda porque seguían a las dos chicas que me habían visitado. Así lo daba a entender el papel adjunto. Luego, no era ilógico suponer que me siguieran para saber si seguía o no sus instrucciones y, en caso contrario, liquidarme.

Me habrían seguido mientras tomaba un aperitivo y cenaba con Rosie. Luego cuando la acompañé y más tarde en mis visitas a Mike el *Hurón* y Slim.

Si me dirigía a casa de Ernie Spencer, sabrían que lo había identificado. Eso sería el final de la pista y podía costarías caro también al Hurón y a Slim. No se perdería nada, pero era una cerdada. Tenía que asegurarme de que mis sospechas eran ciertas y si lo eran... bueno, entonces, tendría que silenciar a aquellos dos tipos del «Cadillac» más o menos ortodoxamente.

Miré el papel que Slim me había entregado. La casa de Ernie no estaba lejos de allí. Por el camino vi un «Scotch» y paré frente a él. De reajo, vigilaba a mis perseguidores. Porque lo eran, sin duda habían aparcado su coche un poco más abajo y uno de ellos descendía.

No querían perder de vista su presa. ¡Mejor!

Entré en el local. Apenas había cinco o seis personas.

Me senté en un taburete frente a la barra y pedí un «Johnny» con hielo.

Poco después entraba un tipo que se situó al otro extremo.

Lo reconocí enseguida. Era el que descendió del «Cadillac».

No podía ocultar su aspecto de hampón. Para mí, avezado en este tipo de observación, no me fue difícil percibir el bulto de un arma bajo su axila izquierda. Era algo a tener en cuenta. Aunque también yo llevaba mí «Magnum».

Bebí el «Johnny» con hielo y pedí otro.

Luego pregunté al barman por la cabina telefónica. Me la

mostró, y me introduje en ella. El individuo que me seguía estaba aún en la barra, aunque pude advertir que, disimulando, no me perdía de vista.

Marqué el número del Precinto n.º 3 de la Brigada de Homicidios, en el que había ocupado el grado de teniente y pregunté por el que ahora ocupaba mi puesto.

—¿Hawkins? —inquirí al oír su voz al otro extremo de la línea.

—Hola, Nelson. ¿Algo nuevo?

—Sí y no —dije—. Me están siguiendo dos «torpedos» con un «Cadillac» negro. Van armados y temo que de un momento a otro pasen a la acción.

—¿Te preocupa eso? ¡Estás desconocido!

—Bueno, no exactamente, pero me molesta que luego digas que siempre ando rodeado de fiambres.

—¿En qué nuevo lío te has metido?

—Ahí está el detalle, Hawkins. No sé por qué me siguen —mentí con mi habitual descaro.

—¿Y qué pretende el gran Nelson?

—Que vengas adonde estoy y te los lleves.

—¿Con qué excusa? ¿La de salvarles la vida? —rió a carcajadas.

—Lo ves —gruñí—. No quiero aumentas esa fama que me das.

—¿Dónde estás? —preguntó.

Se lo dije.

—Ahora voy para allá. No empieces el baile aún.

—Oye. No toquéis la sirena. No hace falta despertar a los vecinos. Y recuerda, uno está en el coche, afuera. El otro está aquí dentro. A ése ya lo controlo yo.

—Adiós, «Big Boy» [1] —dijo. Y colgó.

Un cuarto de hora después, ya iba por mi tercer «Johnny».

El tipo que me había seguido estaba ya impaciente. Al del coche debía haberle crecido la barba.

Sin duda vacilaba en seguir esperando o llenarme de plomo para resolver el problema.

Por mi parte ya empezaba a maldecir a Hawkins, cuando le vi entrar seguido de su sombra, el bueno del sargento Finney.

Bueno, cuando dormía, claro. Fuera de ese rato era un redomado cabrón.

Le indiqué con una seña al inquieto «hampón». Ambos lo

rodearon y antes de que su mano pudiese introducirse bajo la americana y empuñar su «petardo», Finney ya le había hurgado en el ombligo con su enorme automática del 45.

—¡Eh! ¿Qué es esto? —masculló el tipo—. ¿Un atraco?

—No seas carota —gruñó Finney—. Es que no sabes distinguir un policía.

—Tiene razón, ¡apestan!

Finney le soltó un rodillazo en la entrepierna.

El tipo se encogió, aullando como un poseso.

—¿Qué diablos te pasa? Te pelliscaste con la cremallera —preguntó Finney inocentemente—. ¡Vamos, buena pieza! Tira para adelante —y lo sacó a empellones del local.

Hawkins y yo hablamos presenciado en silencio el cortés diálogo.

El teniente se volvió hacia mí cuando Finney salió llevándose.

—Ya tenemos también al otro. ¿Y ahora qué? ¿Qué cargo les pongo?

—No creo que tengan licencia de armas y seguro que tienen una buena ficha. Tal vez incluso el coche es robado. ¡Maldita sea! ¡No voy a enseñarte el oficio! —mascullé—. Sólo quiero colaborar.

—¡Calla, liante, y págame un *whisky*! —Gruñó Hawkins.

—Creí que estabas de servicio... —refunfuñé.

—Hace unos segundos terminé el último. ¿O es que crees que los policías no duermen? —rió dándome unos amistosos golpecitos en la espalda.

Pedí dos nuevos «Johnnys».

El bar se había vaciado casi totalmente. Y el barman nos miraba un poco amoscado.

—¿Cómo te va? —me preguntó Hawkins, ladinamente.

—Como siempre, trabajando en tonterías —dije sin comprometerme.

—¿No estará relacionado lo de esta noche con alguno de tus «líos»?

—No. Sólo tengo entre manos tonterías que te hacen aburrir la profesión. En los casos importantes ya sabes que siempre colaboro.

—Precisamente cuando venía, me preguntaba si eras tú el que colaboraba con la policía o era yo quien colaboraba contigo.

—Eres un humorista —dije con sarcasmo.

—Humm —gruñó.

Luego añadió:

—Mañana pásate por el Precinto y te diré lo que haya sobre tus recomendados. Ven a primera hora de la mañana. Yo madrugo.

—De acuerdo —murmuré con desgana.

Apuramos nuestros vasos.

Luego, pagué las consumiciones y salimos a la calle.

Finney y otro policía aguardaban en el coche de la Brigada custodiando a los dos pájaros. Otro policía se había hecho cargo del «Cadillac».

Nos despedimos con un apretón de manos y me dirigí a mi «Chrysler». Mi próximo objetivo era Ernie Spencer.

CAPÍTULO V

Conduje todo el trayecto atento a no ser seguido nuevamente. Incluso esta vez por la propia policía, lo cual conociendo a Hawkins no me habría sorprendido.

Nada me produjo esa sensación.

Cuando llegué ante la casa de Spencer, estacioné el coche en un hueco, cerré las puertas comprobando que quedaban bien cerradas y eché a andar por la acera, hasta detenerme ante un edificio de nueve plantas.

Me acerqué a la puerta de la calle, Estaba cerrada. Esto para mí no era obstáculo. Extraje del bolsillo interior izquierdo de mi americana un estuche pequeño y plano, apropiado para estas ocasiones, ya que contiene unas gonzúas de lo más perfecto, y separé la que juzgué adecuada.

No me equivoqué en la elección.

Una fracción de segundo y la puerta se abrió con un imperceptible chasquido.

No tenía ni idea del piso, ni del número de apartamento que Spencer ocupaba, pero eso lo solventé dando un vistazo a los innumerables buzones.

Enseguida lo hallé. Era en la cuarta planta. Tomé el ascensor y con el codo me oprimí el bulto confortador que hacía mí «Magnum» bajo la axila.

Al llegar a la cuarta planta, busqué el apartamento 46. No tardé en dar con él.

Iba a oprimir el timbre cuando pude aperebirme de que la puerta estaba entornada, pero no cerrada.

Sin saber concretamente por qué, aquello no me gustó.

Empujé la hoja con el pie, ocultándome tras el marco de la puerta de la vista de cualquiera que pudiera estar al acecho en el interior.

No sucedió nada.

Ni un leve ruido que me produjese alarma.

¿Habría alguien dentro?

Sólo había un modo de saberlo Entré y cerré la puerta tras de mí, siempre utilizando el pie, porque yo llevaba la «Magnum» en la mano y porque no había por qué sembrarlo todo con mis huellas hasta no saber qué pasaba realmente.

Y aquello empezaba a olerme mal. Pero que muy mal...

Estaba todo el apartamento a oscuras, excepto la habitación del fondo, que debía ser el dormitorio.

Allá me dirigí.

Como había imaginado desde el principio al hallar la puerta del piso abierta, Ernie Spencer no se había marchado. Estaba allí.

Sólo que ya no podía decirme quién le dio el sobre.

En su cabeza tenía un feo agujero negro y rojo y parte de ella se había abierto como una granada, arruinando la alfombra, al desparramarse por encima su masa encefálica.

No se veía, sin embargo, arma alguna por allí.

Toqué el cadáver.

Estaba condenadamente frío.

Debía llevar muerto varias horas.

Evitando dejar huellas, rebusqué rápidamente por todo el apartamento buscando algo que me revelara la identidad de la persona para quien trabajaba, pero no encontré nada.

Tampoco encima llevaba nada interesante, excepto una tarjeta de un lugar llamado:

«Golden Oasis», con dirección y teléfono. En un ángulo a lápiz había escrito un nombre:

«Evelyn». Me la puse en el bolsillo.

Allí ya no tenía nada que hacer.

Vacilé entre llamar a Hawkins o marcharme sin más.

Al fin tomé el teléfono que vi sobre una mesa y marqué el número del Precinto No pude despojarme de los residuos de policía que aún debía llevar auestas.

Me contestó la voz de Donegan, un buen muchacho. Pregunté por Hawkins. Me dijo que se había ido a dormir. Finney estaba con los dos hampones, trabajándolos.

Le dije que fuera a las señas en que me hallaba.

—¿Para qué? —me preguntó.

—En el apartamento 46 tenéis un fiambre. No lo liquidé yo —aclaré.

—Espéranos ahí. Ahora vamos.

—Ni hablar. Ya me diréis lo que sea mañana. Estoy muerto de sueño y me voy a casa a dormir.

—No le gustará a Hawkins.

—Si lo despertáis le gustará menos —reí y colgué el auricular. Dejé la puerta del exterior abierta, aunque ajustada, igual que la encontrara y poco después estaba ya al volante de mi cacharro. Ya era hora de dormir, me dije, y me dirigí a mi apartamento.

El timbre repiqueteaba en mis oídos, martilleándolos con su pegajosa insistencia.

Me di una vuelta sobre la cama y agarré el cabrón, bueno, quiero decir el despertador.

Abrí un ojo y miré sus manecillas fosforescentes.

¡Cuerno! ¡Las siete! Entonces no sonaba él. Tampoco el teléfono.

Al fin, ya más despejado, identifiqué el maldito ruido. Era el timbre, de la puerta.

Encendí la luz, mientras seguía sonando irritante.

Me puse el batín y bostezando me fui hacia la entrada del apartamento.

—¿Quién? —pregunté previsoramente, mientras consideraba si coger la «Magnum» o no.

—Soy yo... Hawkins. ¡Abre de una maldita vez!

Quité el cerrojo al reconocer sus gruñidos y abrí con resignación.

—¡Te pasas la vida en la cama! —Gruñó.

—A estas horas duermen aún hasta los gallos —rezongué.

—Si no fueras por ahí encontrando cadáveres, todos dormiríamos más.

—Está bien, está bien. ¿Qué pasa ahora?

—Los tipos del «Cadillac» cantaron Y me dijeron algo muy curioso, te siguieron hasta el

«Flower's

Saloon» y de allí a los «Billares de Slim». ¿Puedo saber qué buscabas?

—Una dirección.

—¿De quién?

—Del muerto. De Ernie Spencer.

—¿Para qué?

—Me trajo un sobre a la oficina. Lo dio al portero. No llevaba remite, sólo una cantidad de dinero y un papel. —¿Qué decía ese papel?

—Que el dinero era un anticipo y que pronto sería visitado para ser encargado de un caso —mentí—. No quise esperar y localicé al que me trajo el sobre. Por desgracia no me pudo decir nada. Estaba muerto.

—Como sabías quién te dejó el sobre si se lo dejó al portero y no lo viste.

—Baxter, el portero, no es idiota. Se fijó en la cicatriz de la barbilla y en las orejas. Eso es todo.

—¿No me ocultas nada?

—Estoy colaborando, ¿no? Me pude callar que encontré frío a ese tipo.

—Lo hubiera asociado igualmente contigo, Nelson.

Aquello me intrigó y le pregunté por qué.

—Aquellos tipos confesaron que la orden de seguirte la dio Spencer. Por lo visto fueron con él a tu oficina. Spencer entregó el sobre al portero y se marchó. Los otros quedaron allí para convertirse en tu sombra.

—¿Entonces tú ya sabías lo del sobre, no?

Afirmó sonriendo.

—Y me has exprimido para ver si te decía la verdad o mentía ¿no es eso?

—Exactamente —dijo en tono risueño.

—Eres un cerdo. Te dije que colaboraría.

—Me fió menos de ti que de una cobra, Nelson.

—Ése es tu problema. ¿Qué más les sacastes a esos tipos?

—Nada más. Sólo que si andabas por ahí preguntando, debían darte el paseo.

—¿No dijeron para quién trabajaban?

—Para Spencer. No conocen a nadie más.

—¿Les dijiste que había muerto?

—No lo querían creer. Cuando se convencieron, creyeron que

habías sido tú.

—¡Vaya, hombre! Lo que me faltaba —refunfuñé.

—¿De veras no tienes nada más que decirme? —inquirió.

—No.

—Está bien. Ya nos veremos en otro momento... —rezongó.

Nos despedimos.

Cerré la puerta tras él y me volví a la cama.

A las diez y media entraba en mi oficina. Hada una hora y media que Rosie me esperaba.

—¿Alguna novedad, Rosie?

—Al mediodía tendremos los informes que deseabas. ¿Algo nuevo por tu parte? —inquirió.

La hice pasar al despacho y le conté todos mis pasos sin omitir detalle.

—¿Así que como posible pista sólo tienes esa dirección de la tarjeta, no?

—Exactamente.

—¿Por qué crees que mataron a Spencer?

—No lo sé. No hacía falta sacrificarlo para entregar un sobre. Otra pregunta a la que me gustaría tener respuesta, es qué hacía en la «Mc Linton Mines and Co» un tipo como Spencer. ¿Cuál era su trabajo allí? Tendré que averiguarlo, pero antes quiero tener más datos sobre esa sociedad y quienes la componen. Te veré a las dos en el restaurante de Li. Llévate allí esos informes.

—¿Te vas ahora?

—Quiero ver qué es eso del «Golden Oasis».

—Si es un *cabaret*, estará cerrado —apuntó Rosie.

Tenía razón, no había pensado en ello.

—Y si lo es, te puedo acompañar —sugirió—. Pasarás desapercibido.

—No, nena. Hasta que no sepa qué clase de cueva es, no quiero meterte en ella.

—No me llames nena. No me gusta.

Hizo un delicioso mohín de disgusto.

—Perdona, encanto —dije, en tono risueño.

Y salí.

Con el coche estuve enseguida en el edificio en que se ubicaba el

«Golden Oasis». Estaba junto a Chinatown, muy cerca del restaurante donde había de encontrarme con Rosie.

Tenía una entrada recargada de maderas doradas y un cortinaje y un toldo rojo, con unas palmeras pintadas a cada lado de la puerta.

Parecía en efecto la entrada de un *dancing* o un *cabaret*, pero no lo era. Un letrero debajo del nombre, aclaraba cualquier duda:

«SAUNA MASAJES ORIENTALES»

Entré sin vacilar.

Un recibidor decorado con pésimo gusto era la estancia en que te introducías al traspasar el rojo tetón de la entrada.

Un mostrador de recepción a la derecha ostentaba el letrero de: «INFORMACIÓN»; tras él había un bombón con una blusa cuya transparencia hacía dudar de que la llevase. Debajo, naturalmente, nada.

Me acerqué con curiosidad por saber cómo sería la parte inferior de su atuendo. Miré por encima del mostrador con toda desvergüenza.

Me contempló sonriente mientras la examinaba de la cabeza a los pies. Llevaba unos *pantys* color humo y nada más debajo.

—¿Satisfecho? —preguntó sonriente.

—Mucho —alegué, devolviéndole la sonrisa—. Es francamente estimulante.

—¿Necesita estímulos? No lo aparenta...

Carraspeé incómodo.

—Desde luego que no, guapa. No los necesito en absoluto.

—¿Qué deseaba, sauna, masaje, relax completo? ¿Tal vez un baño de espuma?

—No me apetece la sauna, Demasiado calor.

—¿Viene muy acalorado? —rió la guapa con cachondeo—. Precisamente —gruñí mosqueado—. ¿Entonces?

—¿Cuál es la especialidad de Evelyn? —Disparé.

—El relax completo. Es una virtuosa. Por cierto, yo no recuerdo haberle visto por aquí.

—Es la primera vez que vengo.

—¿Cómo sabía de Evelyn?

—Me la recomendó un amigo. Dice que es estupenda.

—Todas las chicas están bien.

—¿Como tú? —dije tuteándola.

—Yo sólo estoy de informadora y cajera —dijo ruborizándose levemente.

—Reservada para el jefe, ¿eh?

—No hay jefe. Hay jefa. Y si me tiene reservada, ¿qué?

—Nada, monada. Es cuestión de gustos. Tú te los pierdes.

—Avisaré a Evelyn —dijo cortando los escabrosos derroteros de nuestro diálogo—. Son sesenta dólares.

Le di un billete de cien.

—Repartios la propina —dije.

—¡Muchas gracias, generoso! —exclamó, y poniendo una clavija en un agujero de la pequeña centralita telefónica que tenía a la espalda, dijo—: Evelyn, hay un cliente nuevo que pregunta por ti; desea un relax completo, me ha abonado veinte dólares de propina para ti. Ahora sube.

Desenchufó la clavija y, volviéndose hacia mí, dijo:

—Coja el ascensor del fondo. Marque el primer piso. Habitación 6.

—Gracias, guapa —dije y la atraje hacia mí por encima del mostrador.

Entonces mi lengua buscó la suya y le di un beso de tornillo que no olvidaría jamás, mientras con la mano le oprimía suavemente uno y otro pezón, alternándolos diestramente.

Cuando me aparté, quedó como desmadejada, viéndome marchar hacia el ascensor, incapaz de pronunciar palabra.

El ascensor me llevó hasta la planta primera. La habitación número 6 estaba casi enfrente. No hizo falta que llamara.

Un bombón exuberante la abrió cuando el ascensor se detuvo. Su cabello era rubio platino. Toda ella recordaba a la Jean Harlow de los años 30. Las piernas largas y bien torneadas eran todo un poema que se ofrecía a la vista bajo una tenue *negligée* color ámbar.

Se adhirió a mí como un pulpo y su boca hizo lo propio en la mía, cual si fuese una potente ventosa. Sentí que su lengua jugueteaba dentro de mi boca y sentí que un escalofrío recorría mi espalda a la par que su mano me bajaba la cremallera del pantalón...

Cuando pude, me aparté lo suficiente para tomar aire y alejar la

sensación de ahogo que sentía.

¡Caray con la virtuosa! En aspecto técnico, se sobreentiende. Antes de que pudiera darme cuenta, me estaba besando de nuevo, mientras sus manos, más sabías que las de un «pick-pocket» [2] me despojaba de la americana y dejaba caer al suelo mis pantalones.

Cuando sus dedos tropezaron con la funda de mí «Magnum» dio un grito y pude tener un momento de respiro.

Debía estar francamente gracioso con la funda axilar y en calzoncillos.

La chica clavó en mí sus ojos de descomunales pestañas que me abanicaron un par de veces, antes de que oyera su voz.

—¿Qué llevas ahí, chico?

—Ya lo ves. Un «petardo».

—¿Eres un «poli»?

—No —gruñí.

—Por un momento creí que eras un «pies planos».

—Te equivocaste.

—¿Quién te habló de mí?

—Ernie —dije.

—Es un maldito bastardo.

—Eso opino yo también —dije apresuradamente para ocultar mi sorpresa.

—No entiendo...

—Tenía unas ganas locas de picarle la chica de la que tanto habla. —¿De veras?— sonrió ampliamente. —Por eso estoy aquí, ¿no?

—Quítate eso. No me gusta —dice señalando mi funda sobaquera. Apenas la hube dejado colgada del respaldo de una silla, se vino de nuevo hacia mí, y en breves segundos me encontré únicamente con los zapatos y los calcetines.

Increíble.

Su *negligée* siguió el mismo camino que mi ropa. Acabó en el suelo. Pocos minutos después, los muelles de la cama gemían a nuestro compás. ¿Relax tranquilizante? Con aquella pantera, lo que tenía ¡eran los nervios de punta! Sentía punzadas en la nuca y un terrible cosquilleo por todo el cuerpo. Al fin, después de un gemido que casi me provoca una lesión de coronarias me suelta.

Con un poco de suerte sobreviviré.

Aprovecho el respiro para enterarme de algo que no sea anatomía.

—¿Hace tiempo que no ves a Ernie? —pregunté.

—Unos quince días, quizá mas. Ojalá no vuelva. Es un sádico morboso. Lo odio.

—No volverá —le digo.

—¿Tú crees? —inquiérese esperanzada.

—Seguro. Está criando malvas.

La chica tarda unos segundos en asimilar mi respuesta.

—¿Tú? ¿Lo hiciste tú?

—Yo llegué tarde, nena. ¿De qué vivía, lo sabes?

—Trabajaba en una compañía minera.

—¿De qué? ¿Con qué cargo?, quiero decir.

—Guardaespalda o algo así.

—¿Te dijo de quién?

—No recuerdo bien. Creo que de un tal Cranston.

—¿Estás segura?

—Oye, ¿a qué vienen tantas preguntas, si no eres un poli?

—Tal vez su jefe me pague lo que Ernie me debía —mentí.

—¿Era mucho? —preguntó interesada la tigresa.

—Unos diez mil «pavos» —mentí otra vez, para variar, claro.

Silbó.

—No está mal —susurró con los ojos brillantes.

—No. Pero los veo perdidos si no sé seguro quién lo pagaba. —
¿Has preguntado al doctor?

—¿Qué doctor?

—¿Conocías a Ernie y no conoces al doctor? ¡Qué raro! Es un
psiquiatra, un tal Sheppard. Siempre iban juntos.

—¿Psiquiatra, eh?

—Sí, eso he dicho. Pero no sé dónde vive.

—Gracias, nena. Ya lo buscaré en el listín telefónico.

—¡Eh! ¡Un momento, no puedes dejarme así!

—¿No ves que estoy agotado, nena? Dormí mal anoche.

E hice ademán de ponerme los calzoncillos.

No pude. No me dejó.

Se lanzó sobre mí en «plongeón». Si estuviéramos jugando al
rugby aquello haría sido un placaje perfecto.

Pero no. Aquello no era un juego. Ni mucho menos.

—Verás como tu nena te pone bien —me dijo, mordisqueándome la oreja y arañando suavemente, mi espalda.

Unos minutos después, en un confuso montón, con brazos y piernas por todos lados, iniciábamos el segundo «*round*».

Quedé más árido que el «Llano Estacado» y más molido que «Cassius» después de su último combate.

Abandoné la cama tropezando con todos los muebles y llegué como pude al cuarto de baño.

Abrí la ducha y me puse debajo, aullando de frío al equivocarme de grifo. Poco a poco fui reviviendo. Cuando me hube despejado, me envolví en una toalla y volví al dormitorio.

Evelyne seguía en la cama.

—¡Ven aquí, macho mío! —susurró melosa.

Recordé mis lejanos días del ejército y me vestí en fracciones de segundo antes de que viniera disparada hacia mi como un *missile*.

—¡Tramposo! —lloriqueó—. ¡Aún es temprano!

—No quiero ver tan pronto a Ernie, nena. Pero descuida, que volveré un día de éstos.

Le tiré un beso con la mano y alcancé la puerta de un salto.

No quise tentar a la suerte.

Abajo estaba la bombón de antes.

—¿Le gustó? —inquirió socarrona—. ¿Cuántos fueron, dos o tres?

La cogí nuevamente de un zarpazo y le pegué otro beso de película con el consiguiente repaso.

—Cuatro. Me quedé con hambre, nena —fanfarroneé—. Voy a ver si está mi mujer en casa.

Cuando cerré la cortina que me separaba de la calle, ella, a mi espalda, aún seguía con la boca abierta y una expresión de asombro en sus ojos.

CAPÍTULO VI

Era casi la una y media cuando salí del «Golden Oasis». Cogí el «Chrysler» y busqué un «Scotch» donde pudiese parar y beberme un par de «Johnnys».

Sentía la garganta seca a pesar de venir de un oasis.

Aún tenía tiempo hasta las dos, en que había quedado con Rosie en el «Nueva Seúl». Vi uno en una esquina en la que era fácil aparcar y paré.

Cinco minutos después empezaba a saborear el primer *whisky*, mientras ojeaba el listín telefónico.

No me costó encontrarlo. Estaba allí.

John S. Sheppard-Psiquiatra 810, Calle Veintiocho.

Memoricé nombre y dirección. Aquella tarde le haría una visita.

Una idea que quería comprobar rondaba mi azotea.

Bebí otro «Johnny» y, ya más en forma, me dispuse a pasar la revisión a que me sometería la penetrante mirada de Rosie.

Llegué a las dos y cinco.

Ella ya me aguardaba en nuestra mesa habitual. Algo apartada de las demás para poder comentar sin reservas nuestros asuntos. En realidad yo consideraba el restaurante de Lí como una prolongación de la oficina.

Encargué a Lí nuestras comidas mientras Rosie me escrutaba con aire experto. Frunció el ceño. Mis orejas, según pude ver en el retrovisor del coche, me llegaban hasta el ombligo. Sin duda lo advirtió y empezó con sus indirectas.

—¿Mucho calor en el Oasis?

—Bastante —gruñí al ver venir el temporal.

—¿Pudiste «hablar» con Evelyn?

No me pasó por alto la forma de decir «hablar», y tomé la defensiva atacando:

—A mis anchas —rezongué—. Y me dio una dirección que

puede ser interesante.

—¿La de su casa? —dijo en tono zumbón.

—¿Y si lo fuera, qué? —dijo ya molesto.

No respondió.

—¿Qué hay de los informes? —Gruñí, sin mirarla.

—Aquí los tienes. —Me tendió siete u ocho folios mecanografiados.

Los hojeé en silencio.

—No deseo que te enfades conmigo, Roy —susurró Rosie.

—No me enfado —dijo secamente.

—No tenía motivos para decir lo que dije, ¿verdad?

Me callé.

—Lo siento, Roy.

—Está bien. Pero déjame leerlos. Luego los comentaremos.

Calló, pero no dejó de mirarme fijamente, como pude advertir mirándola de reojo a mi vez.

Traté de no ponerme nervioso y concentrarme.

Dos hojas eran el informe de actividades, capital, situación financiera, composición del Consejo, etc. de la «Mac Linton Mines and Co.».

Las otras hojas correspondían a los informes sobre los ocho componentes del Consejo de Administración: Ronald Henderson, Mark Garrett, Thomas Warren, Phil Granston, Clarence Norton, Selwyn Lloyd, Louis Mitchell y Martin Disher.

Por último, otra hoja era el informe de Edwin Nolan.

Por lo que pude deducir del informe, la «Mac Linton» era una Sociedad saneada cuyos dividendos eran muy suculentos para sus ocho socios, cuya participación era de un 10 % cada uno de las acciones. Reuniendo por tanto entre ellos el 80 % de la Sociedad, el 20 % restante estaba en manos de otros accionistas, muy repartido. Rara vez se cotizaban en bolsa pues los ocho administradores-socios eran compradores de las mismas. En caso de fallecimiento de los titulares, las acciones tenían que ser ofrecidas a los socios sobrevivientes. Éstos las adquirirían entonces por partes iguales. En caso de que a alguno de ellos no le interesaran se dividían entre los restantes que desearan adquirirlas. Sin el número no era divisible, las sobrantes quedaban disponibles en poder de la Sociedad, que adelantaba el dinero de la compra, hasta que se produjera una

nueva operación en la que pudiesen adjudicarse.

Ronald Henderson ostentaba la presidencia del Consejo, Phil Cranston la vicepresidencia y Thomas Warren era el secretario.

La posición social de todos ellos era magnífica así como la económica. Nada, conocido al menos, enturbiaba la moralidad de los socios o de la Sociedad.

Enarqué las cejas, desilusionado; nada que pudiese servirme de orientación se deducía de aquel puñado de papeles.

Todo era muy normal. Demasiado.

Rosie seguía contemplándome en silencio, tratando como siempre de leer en mis pensamientos.

Dejé a un lado todos aquellos papeles e inicié la lectura del informe que hacía referencia a Edwin Nolan.

No me había equivocado en mi primera impresión.

Edwin Nolan era un *play-boy*, un «bon vivan», un pillo de siete suelas y muchas cosas más.

Un auténtico hijo de puta.

Había sido juzgado un par de veces por trata de blancas, una por violación y una por malos tratos a una menor. No habían logrado procesarle por ninguno de dichos juicios. Todos habían finalizado con absolución por inconsistencia de las pruebas aportadas. Se rumoreaba que tenía varios «Protectores» en las altas esferas políticas y sociales. Y esas sentencias absolutorias lo confirmaban.

La conducta de Edwin Nolan a lo largo de su historial, me confirmaba la hipótesis que había ya concebido acerca de que su actuación la noche de la fiesta de los Cranston no era nada clara.

Su desertión había estado provocada para que Henderson acompañara a la hija de Warren.

Tendría que hacer una visita al amigo Nolan. Seguro que tendría cosas interesantes que contar.

Jazmín, la hija mayor de Li, interrumpió mis pensamientos al dejar frente a nosotros el primer plato de la comida.

Mientras le hacíamos el honor que merecía, como a todo lo que se guisaba en el restaurante de Li Wang Pen, puse en antecedentes a Rosie de mí «entreviú» a Evelyn, omitiendo que la había hecho en la cama, naturalmente.

Me escuchó en silencio, sin hacer comentarios.

—¿Qué deduces de todo este embrollo, Roy?

—Alguna idea tengo, Rosie. Pero creo que podré contestar mejor a tu pregunta cuando sepa quiénes son las víctimas elegidas para ser ejecutadas por Noemí Warren y Enid Marton.

—¿Vendrás a la fiesta esta tarde?

—No, Rosie. Lo primero que voy a hacer es visitar a ese doctor Sheppard. Luego trataré de localizar a Nolan.

—¿Me necesitas? —dijo estudiándome atentamente.

—No. Prefiero que estés en la oficina por si llama alguna de nuestras clientes. Es muy importante que conozca cuanto antes el nombre de sus víctimas asignadas. Te iré llamando.

Rosie asintió con desgana.

—Antes me dejabas participar más en los casos, Roy. —Se lamentó Rosie—. Ahora me da la sensación de que no hago nada... de que ya no me necesitas.

—No seas tonta, Rosie —la reconvine cariñosamente—. Claro que te necesito, pero no quiero exponerte a ningún peligro. Ya una vez me diste un buen susto. Cuando buscábamos a Vera Gilroy, ¿recuerdas?

—No será fácil que lo olvide mientras viva, Roy.

—Razón de más. Te iba a recomendar además que cerraras por dentro la puerta de la oficina. No abras hasta saber qué quiere el que llama. El que nos envió los cincuenta mil «pavos» no se quedará muy conforme al ver que no dejo el caso. No quisiera que cualquiera represalia te alcanzara...

—Tendré cuidado, Roy —dijo Rosie con los ojos brillantes y tono agradecido.

—Y ahora sigamos comiendo, Rosie... ¡esto está magnífico!

Cuando acabamos de comer en el «Nueva Seúl», dejé a Rosie en la oficina y yo me dirigí al

810 da

la calle Veintiocho Tenía ganas de conocer a Sheppard para comprobar si algo que bullía en mi azotea encajaba en aquel rompecabezas.

Milagrosamente pude aparcar casi delante.

Una placa metálica a la derecha de la puerta indicaba el piso y la puerta. No tuve pues necesidad de recurrir a las tarjetas de los buzones.

Tomé el elevador y en unos segundos estaba tocando el timbre de la entrada.

Una enfermera que me recordó un «Bulldog» vestido de blanco me abrió la puerta con una mueca que sin duda imaginaba una sonrisa.

—¿El doctor Sheppard? —inquirí. En el fondo, era una pregunta estúpida. Estando en su consultorio, no iba a preguntar por Ronald Reagan.

—¿Tiene hora concedida? —preguntó la bella.

—No tuve tiempo de solicitarla y es urgente que hable con él, señorita.

—No teniendo hora dada, no creo que le reciba. EL doctor está muy ocupado.

—Si lo prueba creo que lo hará... —Sonreí.

—¿A quién debo anunciar? —inquirió no muy convencida:

—Dígale que vengo a hablar de la «Mac Linton Mines».

—¿Está seguro que desea que le diga eso? —se sorprendió.

—Nunca falla. Ya lo verá —dije guiñándole un ojo.

Se alejó meneando la cabeza. Sin duda estaba convencida de que en efecto necesitaba a gritos un psiquiatra. Eso debió decidirla.

No tardó en volver. Llegó hasta mi mirándome como a un bicho raro.

Su rostro reflejaba un asombro infinito.

—El doctor le recibirá ahora mismo. Sígame, por favor —dijo con voz impersonal.

—¿Lo ve? —dije simplemente.

—Sí. Pero no lo entiendo —murmuró mientras me precedía hasta un despacho situado al fondo de un breve corredor.

Dio unos suaves golpes en la puerta y la abrió, cediéndome el paso. Entré en la estancia y sentí que la puerta se cerraba suavemente a mi espalda.

Un hombre delgado, de cabello gris y nariz ganchuda, sobre la que se montaban unas gafas de grueso cristal, se hallaba sentado tras la mesa escritorio. Levantó la vista y la posó en mi estudiándome detenidamente.

Luego se levantó él y vino hacia mí con la mano extendida.

Se la estrechó sin calor. El tipo aquel no me caía bien.

—Usted dirá —inquirió—. Ha mencionado usted una Sociedad

minera en lugar de su nombre. ¿No es eso poco usual?

—Sin embargo, me ha recibido, ¿no? —Sonreí.

—Tengo amigos allí. Pensé que podía ser uno de ellos.

—¿Ernie Spencer, por ejemplo?

El tipo se puso en guardia.

Una luz extraña brilló unos instantes en sus ojos, luego se apagó. Pude advertirlo incluso a través de los cristales de sus gafas.

—¿Quién es usted? —inquirió secamente.

—¿Puedo sentarme? —pregunté a mi vez.

Vaciló. Luego me indicó uno de los dos sillones tapizados en azul que había frente a su escritorio.

—Me llamo Nelson, Roy Nelson —dije tomando asiento, mientras él ocupaba su sillón al otro lado de la mesa.

Mi nombre no le dijo nada. Por ello, calló, como esperando una ampliación por mi parte.

No le di ese gusto.

—¿Qué relación tiene COR Spencer? —pregunté a bocajarro.

—¿Es usted policía?

—¿Usted qué cree? —dije con descaro.

—Somos amigos —respondió.

Daba por descontado que lo era y no iba a sacarle de su error. Eso me favorecía.

—¿Cuál es el trabajo de Spencer en la Mac Linton?

—No lo sé.

—Creí que eran amigos. Eso suele comentarse entre gente que ha tenido amistad.

—¡Eh, oiga! ¡Ha dicho, eran! Y está hablando en pasado...

—Spencer ha muerto —espeté a bocajarro, estudiando su reacción.

Dio un respingo.

—No es posible —balbuceó.

—Lo asesinaron anoche —añadí.

Era un magnífico actor o realmente había quedado asombrado por noticia.

—¿Quién lo hizo?

—Se están haciendo unas comprobaciones... —dije ambiguamente—. Por eso necesito su cooperación.

—Spencer era algo así como un guardaespaldas de uno de los

magnates de la Mac Linton, un tal Cranston —dijo espontáneamente Sheppard.

—¿De qué provenía su amistad con él?

Sin duda puse el dedo en la llaga. El fino sudor comenzó a perlar su frente. Palideció.

—Naturalmente, Sheppard, no haré uso de su información. La consideraré salvo que sea absolutamente necesario, como algo reservado.

Esta aclaración le decidió. Carraspeó.

—No éramos amigos —susurró—. En realidad me chantajeaba. Pero yo no lo maté, se lo juro.

—Suponía algo parecido —murmuré—. Siga, doctor.

—¿Qué más quiere saber? —preguntó débilmente.

—¿Por qué le chantajeaba?

—¿Es necesario contestar a esa pregunta?

Asentí.

—Sabía algunas aventuras que he tenido con clientes —dijo finalmente de carretilla—. Me amenazaba con decirlo a sus maridos o a su familia. Hubiera sido espantoso, ¿comprende?

—Ya entiendo —dije pensativo—. ¿También visitaba usted el «Golden Oasis», no?

—¿Cómo lo sabe? —tartamudeó.

—Sé más —aventuré—. Usted, aquí, debió conocer muchas confesiones de clientes que se confiaban a su silencio. Confesiones que traicionó paseándoselas a Spencer, a requerimiento de éste. ¿No es así?

Sheppard sudaba copiosamente. Su rostro estaba totalmente desecado. Parecía al borde de un ataque de nervios.

—Para tapar sus aventurillas que podían perjudicar su figura moralmente intachable a ojos de sus clientes, destapaba los trapos sucios de los demás. Y Ernie Spencer tenía en usted un manantial de información para sus chantajes. ¿Sabe el daño que ha causado?

Sheppard balbuceó algo ininteligible para mí.

Estaba muy asustado.

—¿Era cliente suya Enid Marton?

Asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí —dijo luego débilmente.

—¿Alguien más relacionado con la «Mac Linton Mines»? —

inquirí—. Sí. Selwyn Lloyd. Tero no sé si he debido decirle...

—¿Qué le pasaba a éste? —pregunté fríamente interrumpiéndole.

Se levantó dirigiéndose a un mueble metálico de esos que sirven para archivo de «*dossiers*». Extrajo una carpeta, y me la tendió en silencio.

La abrí con toda tranquilidad y ojeé rápidamente su contenido. En cinco minutos conocía tan íntimamente a Selwyn Lloyd como su propio psiquiatra.

Dejé las carpetas sobre la mesa.

—Bien, eso es todo, Sheppard. Gracias por su colaboración —dije levantándome.

—¿Qué me ocurrirá, ahora? —preguntó estrujándose las manos, nerviosamente.

—Nada —dije—. Por lo que a mí respecta, olvidaré mencionarle. Se levantó y vino a mi encuentro.

—Gracias, Nelson, Muchas gracias —dijo en tono agradecido.

Me acompañó hasta la puerta y poco después estaba de nuevo al volante de mi «Chrysler».

Había echado una ojeada al papel que me diera Rosie y ahora me encaminaba al domicilio de Edwin Nolan.

Como ya suponía, a aquellas horas no lo encontré, pero diez «pavos» de «engrase» al portero me proporcionaron la dirección de un club donde posiblemente se hallaría a aquellas horas.

El

«Corinthian's

Club» era uno de esos clubs más o menos privado que frecuentaba la «High Society» de San Francisco.

Sin duda, Edwin Nolan, había sabido introducirse en aquel ambiente. Había un conserje uniformado en la puerta, con entorchados dorados que le daba un señorial aspecto.

—Buenas tardes —dije cortésmente, subiendo los dos escalones de la entrada—. Disculpe, señor. No le recuerdo, y esto es un club privado para socios únicamente. ¿Puede mostrarme su pase?

No había previsto aquella posibilidad, por lo que me metí la mano en el bolsillo y le alargué un billete de cinco «pavos». No lo tocó.

Sonrió con todos los dientes.

—Lo siento, señor. Ya se lo dije. Necesito ver el pase.

Nuevamente metí la mano en el bolsillo y esta vez saqué un billete de cincuenta. Se lo alargué. Fue tan rápido que no lo vi desaparecer.

—¡Adelante, señor! ¡Bien venido, señor! —dijo abriendo la puerta para que pasara, llevándose al propio tiempo la mano a la gorra. Aquel cabrón tenía más rostro que yo. Y ya es decir...

El club tenía de todo en sus salones: biblioteca, sala de lectura, de juego, de tertulia, etc., con una decoración más inglesa que americana.

Me dirigí al bar.

—¿Qué desea el señor? —inquirió atentamente el barman.

—Un Johnny con hielo, por favor.

En un momento me lo sirvió.

—¿Conoce al señor Nolan? —pregunté después del primer sorbo.

—Sí, señor. Es buen cliente —sonrió.

—¿Sabe si está en el club?

—Lo ignoro, señor. Pero si está, no tardará en venir por aquí.

Consultó su reloj.

—A esta hora siempre está.

—Por favor —dije—. Avíseme, cuando, lo vea. He de hablar con él y no lo conozco.

El barman asintió.

Me dediqué mientras tanto a echar un vistazo en derredor.

La mayoría de los que me rodeaban eran hombres, con toda seguridad industriales acaudalados. Reconocí alguno por fotografías que de ellos había visto en revistas de actualidad y periódicos.

También había algunas parejas.

Sentía el impulso de hacerle un par de preguntas al amigo Nolan. Por ello me hallaba allí. Pero ahora empezaba a pensar que la entrevista no iba a ser fácil. No podía decirle que a consecuencia de su desertión en la fiesta de los Cranston, le habían hecho a Noemí Warren un chantaje y posiblemente a Henderson, aunque ya lo supiera como yo suponía, porque ello sería poner en peligro a Noemí.

No tuve tiempo de cavilar más sobre ello. El barman me hizo una discreta seña y me señaló a un tipo que acababa de entrar. Era una mezcla de Rodolfo Valentino y Robert Taylor. Sin duda, debía

tener cartel entre las damas.

Se vino hacia la barra y entonces lo abordé.

—¿El señor Nolan? —inquirí.

Me miró sin duda, tratando de recordar si me conocía. Al seguir en blanco sus recuerdos, enarcó una ceja y dijo con voz engolada:

—¿Le conozco?

—Yo si le conozco bien —dije con segundas—. Pero no hemos sido presentados.

Noté que se ponía tenso, en guardia.

—Me llamo Nelson. Roy Nelson —añadí.

—Usted dirá... —vaciló. Mi nombre no le dijo nada.

—Me impulsa la curiosidad, señor Nolan. Es un defecto que tengo muy arraigado. He venido para hacerle un par de preguntas. La primera es si se sintió «indispuesto» en la fiesta de los Cranston para acompañar a su pareja, por qué no regresó a su casa inmediatamente.

Era un disparo al azar, pero comprendí que daba en la diana al adquirir su rostro un tono ceniciento.

—¿Qué puede importarle? —Logró decir con un esfuerzo, en tono agrio.

—Mucho. Por eso se lo pregunto. La segunda es quién le pagó por ello. Es mejor que desembuche, Nolan. Aún está a tiempo —dije esto con el ánimo de que me creyera un polizone. Si lo conseguía, mejor.

Estaba intensamente pálido, sin duda se sentía incómodo.

Era un momento psicólogo que quise aprovechar. Le tendí la hoja mecanografiada a la que había quitado la identidad de mi informador y que extractaba su vida de «buena pieza».

Apenas leyó la mitad, la estrujó, rompiéndola luego en minúsculos fragmentos, que arrojó con despecho.

—Era para usted. Tengo más copias —dije fríamente.

—¿Quién es usted? —inquirió con voz débil.

—Santa Claus —dije socarrón.

—¿Por qué quiere saberlo? —preguntó, descubriendo así que había acertado en mis suposiciones.

—Soy yo quien pregunta, Nolan. Y aguardo una respuesta —proseguí en plan duro.

—Me pagaron mil dólares por hacer ese papel —gruñó en voz

baja.

En realidad, toda la conversación había sido en tono discreto, para que nadie, ni tan siquiera el barman, pudiese oírnos.

—¿Quién?

—No lo sé —titubeó ligeramente.

—No me venga con ésas, Nolan. No me chupo el dedo.

—Está bien, fue Ernie Spencer. ¿Lo conoce?

—Hummm —gruñí con disgusto.

Otra posible pista que quedaba cortada.

—¿De qué conocía usted a Spencer? —insistí.

—Era algo así como el guardaespaldas de un tal Cranston. Frecuento sus fiestas.

—Ya. ¿Está seguro de que fue Spencer quien le pagó?

—Claro, lo hizo personalmente.

—¿No fue por casualidad, Ethel Henderson?

Nolan enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—¿Por qué iba a ser ella? —balbuceó.

—Sólo apunto una posibilidad, Nolan. ¿Sería raro que hubiese sido ella?

—Fue Spencer —repitió Nolan.

No supe si creerle o no, pero comprendí que al menos por el momento no sacaría más de él, a menos que allí mismo le abriera el coco.

Pagué mi Johnny y me fui sin despedirme.

Me vio marchar, acobardado, pero el odio refulgía en sus ojos, según pude notar. Cuando salí, el portero me hizo un saludo versallesco. Otro buitre.

CAPÍTULO VII

Rosie dejó de teclear la máquina al abrirse bruscamente la puerta de la antesala que daba al corredor.

Frunció al ver los dos visitantes que habían entrado a paso de carga.

Hubiera reído a gusto por la similitud de la pareja con Laurel y Hardy de no ser por las enormes automáticas con silenciador acoplado que ambos esgrimían en su diestra.

No le hizo ni pizca de gracia ver los dos negros orificios mirándola. Si aquellos dos bastardos se imaginaban que con eso la iban a asustar, bueno, entonces acertaba a lamentar haber olvidado la recomendación de que tuviese la puerta cerrada. Ahora ya era tarde. Tragó saliva con dificultad antes de preguntar entrecortadamente:

—¿Por... quién... preguntan...?

—Por ti, guapa.

—¿Por mí? —balbuceó Rosie, arrugando la nariz.

—¿No eres la secretaria del «fisgón»?

Rosie movió lenta y afirmativamente la cabeza.

—¿Qué quieren? —preguntó.

—Darte un susto, nena.

—Ya lo han conseguido; pueden irse —susurró desorbitando los ojos.

—Mira, guapa —dijo el gordo que era el que hasta ahora había hablado—. Tu jefe no se achica fácilmente, al parecer, pero ahora vamos a darte un «tratamiento» para conseguir que él no meta las narices donde no debe. Si te aprecia, valorará el aviso. Si no, en la próxima lo vas a pasar mucho peor —advirtió en tono helado.

—Supongo que antes nos revolcaremos con ella, ¿no, Chuck? —dijo el flaco con sus ojos saltones brillando libidinosos.

—No. No, por esta vez. Pero si hay una próxima, dejaré que te

diviertas —rió sardónicamente el gordo—. Y a lo mejor colaboro; la chica lo vale.

—No veo por qué... —empezó el otro pasándose la mano por el mentón.

—No fue ésa la orden. De modo que calla —gruñó el llamado Chuck.

—¿Empiezas tú o yo?

—Tú mismo.

El gordo enfundó su «petardo» y avanzó hacia Rosie que seguía sentada, muy quieta, con los ojos reflejando la alarma que sentía.

Cuando Chuck llegó ante la mesa, alargó la mano, asiéndola por la blusa y dando un violento, tirón la desgarró totalmente. Dos tirones más y Rosie quedó cubierta únicamente de cintura para arriba por un minúsculo sujetador.

Su grito quedó ahogado por un sonoro bofetón.

De no haber estado su sillón tan cercano a la pared, lo hubiera arrastrado en su caída de espaldas. En lugar de ello, rebotó hacia adelante y recibió dos nuevas bofetadas que la hicieron lanzar un gemido de dolor.

El teléfono repiqueteó en aquel momento.

—Cógelo —gruñó Chuck, el gordo—. Pero cuidado con lo que dices. Una palabra de más y te retuerzo el cuello, muñeca.

Rosie, sintiendo arderle el rostro por las bofetadas, alargó la mano y tomó el auricular con mano temblorosa.

—Despacho del señor Nelson, dígame —dijo con voz protocolaria, ligeramente alterada por la tensión.

—Soy yo, Rosie —dijo la voz al otro lado de la extensión—. ¿Llamó alguna de nuestras clientas?

—Sí, Roy. Los dos señores te llamaron a la hora convenida. Quieren verte.

Yo interpreté al momento que Rosie no estaba sola. Es más, que tenía problemas. Si no, hubiera mencionado a Noemí y a Enid. El llamarles «señores» era sintomático de que algo sucedía. No quise hacer comentarios por si alguien tenía su oreja pegada al auricular, pero le di a entender que comprendía al decir:

—Como ya te dije, no vendré por ahí. Hasta mañana, Rosie. —Y colgué.

No habíamos quedado en nada. Ella comprendía. Ahora sólo

tenía una cosa que hacer: volar hacía mi oficina.

—¡Buena chica! —exclamó burlón Chuck arrebatando el teléfono a Rosie y colgándolo.

No bien lo hubo hecho, agarró a Rosie por el cabello y tiró de él hasta hacerla saltar por encima de la mesa. Rosie sintió que el suelo subía veloz a su encuentro. Cayó a los pies del gordo con un revoloteo de faldas que puso al descubierto sus bien torneados muslos enfundados en nylon.

El flaco se relamió los labios con una mueca de placer.

Luego, avanzó hacia Rosie y le dio una patada en los riñones.

Rosie lanzó un nuevo gemido de dolor.

El gordo aprovechó para pisar con su pie derecho la mano izquierda de la chica, oprimiéndola poco a poco al ir descargando sobre ella todo su peso.

—Si hay próxima vez, te desharé las manos, muñeca. Se acabarán para ti las máquinas —gruño entre dientes, emitiendo una suave risita.

Y levantando el pie, descargó un punterazo en las costillas de la chica, que lanzó un gemido mientras lágrimas de dolor inundaban sus ojos.

El flaco no paraba de reír, mientras sus ojos devoraban a Rosie con malsana avidez.

La puerta tintineó en aquel momento para dar paso a dos nuevos personajes.

El teniente Hawkins y el sargento Finney, ignorantes de lo que sucedía, entraban en escena.

El espectáculo de Rosie gimiendo en el suelo y de los dos tipos, el más delgado de los cuales levantaba en aquel momento su mano derecha armada, les reveló fugazmente la situación.

Ambos saltaron cada uno hacia un lado a la par que sus manos buscaban bajo sus chaquetas como una exhalación las armas que llevaban en las fundas sobaqueras.

Rosie, viendo la salvación en aquella inesperada llegada, no estuvo ociosa. El fino tacón de su zapato derecho se clavó en la espinilla de una de las piernas del flaco, que en aquel momento oprimía el gatillo.

Sonó un «plof» apagado como el taconeo del descorche de una botella de champaña y el marco de la puerta se astilló a unas

pulgadas del rostro de Finney. Su pistola, en cambio, desprovista de silenciador, dejó oír un cañonazo a la vez que emitía un cárdeno fogonazo y el flaco saltó hacia atrás, soltando su arma con el hombro destrozado por un balazo, mientras en su americana se formaba una mancha de sangre que se ensanchaba por momentos.

El gordo no tuvo tiempo de sacar su pistola, menos rápido que el teniente y al verse en peligro alzó al instante las manos muy altas como si quisiera arañar el techo con sus dedos.

Finney le desarmó con rapidez, mientras Hawkins ayudaba a Rosie a levantarse, sin dejar por ello de empuñar su arma de reglamento.

—Gracias; teniente —musitó Rosie—. Este par de bestias me han hecho pasar un mal rato.

—Y gracias a usted, Rosie —intervino Finney—. Su taconazo fue providencial.

Rosie intentó componer una sonrisa.

De pronto, la joven se sofocó, cruzando sus brazos ante el pecho, para cubrir su desnudez que acababa de recordar.

Hawkins galantemente se quitó la americana, tendiéndola.

—¡Me estoy desangrando! —gritó el flaco—. ¡Es que no lo ven! ¡Avisen a un médico! —¡Cierra el pico!— gruñó Finney. —O necesitarás el forense— añadió en tono truculento.

El tipo calló impresionado.

—Lléveselos, Finney. Vaya con Donegan y estos pájaros al Precinto con el coche. Yo iré más tarde.

—¡Ayuda a tu compinche, «Fatty»! —Gruñó el sargento dirigiéndose a Chuck—. Y nada de tonterías. El gatillo de mi cacharro es muy sensible...

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Hawkins enfundó su arma, que aún conservaba en la mano.

—¡Fue muy oportuno, teniente...! Si no es por ustedes...

—Vine para hablar con Nelson. Ignoraba que no estuviera. Ese truhán lioso va a tener que contarme muchas cosas...

—No creo que venga esta tarde, Hawkins... —mintió Rosie.

—¿Puedo fiarme de ti, muchacha?

Rosie sonrió ingenuamente.

La mismísima Shirley Temple hubiera envidiado la naturalidad de aquella sonrisa.

Hawkins, sin embargo, no picó.

—Esperaré un rato, por si viene —dijo con picardía.

La sonrisa comenzó a diluirse en el rostro de Rosie.

—Voy al cuarto de baño —dijo recogiendo los restos de su blusa—. Así podré devolverle su americana, teniente.

Apenas habían transcurrido cinco minutos cuando Finney sudoroso y con el rostro sofocado irrumpió en la antesala del despacho donde Hawkins aguardaba.

—¡Qué diablos...! —empezó el teniente.

—¡Nos tiroteó un coche, teniente! Los dos pájaros han muerto acribillados. ¡Suerte que yo iba tras el gordo!... El recibió todas las balas que podían alcanzarme.

—¿Y Donegan? ¿Marchó tras ellos? —inquirió Hawkins.

—No pudo. Estaba ya fuera del coche. Venía a ayudarme.

—¿Le alcanzó alguna bala?

—Por suerte no. Se tiró al suelo a tiempo. Ahora está abajo con los fiambres. Desde el coche llamé al Precinto pidiendo una ambulancia.

—¿Y la matrícula? ¿Vieron la matrícula? —inquirió Hawkins ansioso.

—Imposible, teniente. Todo fue muy rápido. Subí para notificarle lo sucedido —confesó Finney.

—¡Maldita sea! —Gruñó Hawkins con frustración—. ¡Les han cerrado la boca en nuestras mismas narices...! Baje para ayudas a Donegan, Finney. Yo esperaré a Nelson.

Rosie reapareció en aquel momento, alarmada por las voces. Había hecho un inteligente remiendo para salir del paso, y traía en la mano la americana del teniente.

Y en aquel momento también, aparecí yo. Cruzándome con Finney.

Respiré al ver a Rosie.

—¿Qué diablos ha pasado aquí? —inquirí—. Hay dos fiambres abajo a la entrada del edificio...

—¡Maldita sea, Nelson! —Gruñó de nuevo Hawkins—. Siempre que te busco no te encuentro. ¿Es que no estás nunca en la oficina? ¿De dónde vienes?

—De mi harén particular. Estaba pasando lista a mis odaliscas —gruñí a mi vez algo mosqueado—. Luego me volví a Rosie y dije: —

Vine lo antes que pude, nena. Te comprendí perfectamente.

—Gracias, Roy, Sabía que vendrías. Lo estaba pasando francamente mal cuando de pronto aparecieron Hawkins y Finney. —¿Por qué no me lo contáis todo?— sugerí.

Hawkins lo hizo con todo detalle.

—Y ahora vas a contármelo todo, Nelson —terminó el teniente—. Estoy harto de ir detrás tuyo, y como siempre, a ciegas. A la que te metes en un lío no hago más que recoger cadáveres. ¡Y soy de la policía, no de la funeraria! ¿Estamos?

—¿Por qué no me cuentas primero a qué viniste? —inquirí, tratando de ganar tiempo e idear algo.

—¿Sabías que Ernie Spencer trabajaba en la «Mac Linton Mines and Co»?

—No —mentí como un bellaco y poniendo cara de un interés que estaba muy lejos de sentir.

Hawkins me miró con desconfianza. Luego soltó el «bombazo».

—Bien, pues tres componentes del Consejo de Administración de esa Sociedad han muerto violentamente esta tarde.

Ahora sí, puse cara de asombro, y no era fingido.

—¿Quiénes? —pregunté.

—¿Qué más te da, si no sabías nada de la Sociedad? —Gruñó.

No mordí el anzuelo.

—No dije que no conociera la Sociedad. Sólo dije que ignoraba que Spencer trabajara en ella.

Hawkins se mordió el labio inferior. Intuía que yo sabía mucho de todo aquello, pero sabía que no había forma de sacármelo, a menos que lo hiciese voluntariamente. —Han muerto Martin Disher y Lewis Mitchell de sendos disparos. El tercero Selwyn Lloyd apareció ahorcado— me dijo con desgana, Hawkins.

—No los conocía —dije—. Y era la pura verdad.

Hawkins me miró fijamente pero no hizo ningún comentario.

Tras un silencio añadió:

—Pensé que podía interesarte.

Hice un gesto ambiguo con los hombros.

—Ya leeré los detalles en la prensa —dije.

—¿Qué puedes decirme de los dos pájaros que vinieron aquí esta tarde?

—Nada. No los conocía. Abajo les vi la cara por primera vez y

por última...

—¿No sospechas quién los envió?

—Ya habría ido a romperle la cara —gruñí.

—Si te has metido de pies hasta el ombligo en algún lío gordo ten en cuenta al menos el peligro que pueda correr Rosie...

Rosie sonrió a Hawkins agradeciendo su galante comentario.

Yo en cambio me puse rojo como la grana antes de cerrar los puños, furiosos.

—Oye, bastardo —empecé— no te permito...

—¡Adiós, Roy!, ¡y cuida esa tensión...! ¡Tiene el rostro muy rojo...!

Hawkins rió y cerró tras sí, antes de que pudiera alcanzar la puerta. ¡Maldito polizonte! ¡Era el colmo!

CAPÍTULO VIII

Nos habíamos introducido en mi despacho y estábamos arrellanados en sendos sillones.

El susto que se había llevado Rosie, el que me había dado a mí y la irritación que me había causado Hawkins merecían ser ahogados en un océano de *whisky* escocés, Y eso estábamos haciendo.

—Te llamaron nuestras dos clientas, Roy La Warren y la Marton —dijo Rosie—. Tenían prisa por verte.

—Ya te comprendí. Luego iré o telefonaré.

—¿Te acompaño?

—No. Tú vas a irte a la camita. Cuando se enfríen los puntapiés y los golpes que te dieron, no vas a poder moverte. Si mañana no te encuentras bien, no vengas. Yo iré a verte. ¿Estamos?

—Sí. Gracias, Roy. ¿Qué has sacado en limpio de este embrollo?

—Ernie Spencer chantajeaba a Sheppard, el psiquiatra. Éste por lo visto tenía aventurillas con muchas de sus clientas, incluso con las casadas. A cambio del silencio de Spencer, le dejaba fisgar en su fichero. Enid Marton era cliente de Sheppard. Los datos para chantajearla surgieron de su archivo. También Selwyn Lloyd era cliente de Sheppard. ¿Pero a quién pasó Ernie Spencer esa información? Cuando encuentre respuesta a esta pregunta, tendremos a nuestro hombre.

—¿Y Edwin Nolan? ¿Qué pinta en todo esto?

—Es un típico *play-boy*. Por lo visto Ernie Spencer, a quien conoció en una de las fiestas de los Cranston, le dio mil dólares, por «indisponerse» y lograr que Noemí regresara con Henderson. Así pudieron lograr la filmación.

—Siempre Spencer, ¿eh? —murmuró Rosie, entornando los ojos.

—Sí. Siempre él. Todas las pistas convergen en él. El maldito se murió a destiempo.

—¿Y de esas tres muertes que ha mencionado Hawkins, qué

opinas?

—Que alguien quiere hacerse el amo de la «Mac Linton». Es el único móvil que veo plausible.

—¿Tienes abajo el «Chrysler», Roy?

—No. Vine en taxi para ganar tiempo con los aparcamientos.

—Iba a pedir que me acompañases... no estoy muy visible — murmuró señalando su arrugada blusa.

—No te preocupes, te llevo a casa y luego iré a visitar a nuestras clientas.

No dejó que hiciera ningún comentario. Me levanté, mientras hablaba y, al llegar junto a ella, me incliné para besar suavemente sus húmedos labios.

Ella me echó los brazos al cuello y su mano derecha se hundió en mis cabellos, acariciándome la nuca, mientras sus labios me devolvían la caricia. Luego se separó suavemente de mí, mientras yo sentía mi sangre galopar furiosa por mis venas, amenazando destrozarlas.

Necesitaba un buen *whisky* y me lo serví; lo bebí de un trago.

Después la seguí como un autómatas hacia la puerta.

Dejé a Rosie ante la puerta de su casa, asegurándome previamente de que nadie nos seguía y, en el mismo taxi, fui a recuperar mi «Chrysler» adonde lo dejara aparcado cuando la telefoneé a la oficina.

Me hallaba más cerca de la casa de Noemí, y allá me dirigí.

Aparqué muy cerca y compré un diario nocturno en su última edición. Luego me encaminé a casa de la chica, no sin antes haber leído lo que me anticipara Hawkins.

En unos minutos, me hallaba ante la puerta de su apartamento tocando el timbre, que había a la derecha del marco.

Al poco, oí unos pasos al otro lado de la puerta, el rumor apenas audible de la mirilla y ésta se abrió suavemente, apareciendo ante mí la muchacha, con una transparente bata que mostraba con toda plenitud sus encantos.

Me quedé unos instantes indeciso, sin apartar mi mirada de aquel cuerpo escultural, recorriéndolo en su totalidad, con todo descaro.

Ella se hizo lentamente a un lado para dejarme pasar.

—Cuando se canse, puede pasar, Nelson —dijo con sonrisa dulce, Desperté.

Lástima.

—Le llevo esperando toda la tarde —se lamentó, mientras me conducía hacia un saloncito.

—Estuve trabajando. ¿Tiene noticias del chantajista? —dije.

Noemí Warren asintió, mientras me señalaba un sillón.

Luego tomó asiento frente a mí.

Se sentó con las rodillas muy juntas, privándome del espectáculo que había previsto.

—Me llamó por teléfono.

—¿Pudo identificar su voz? —pregunté tontamente.

—No. Ni siquiera sé si era de hombre o mujer. Debía desfigurarla.

—¿Qué le dijo?

—Mencionó su mensaje anterior y dijo aproximadamente: «Su víctima es Phil Cranston. Tiene acceso a su casa, le será pues, muy fácil hacerlo. Recibirá el arma que debe emplear. No tardará más de tres días en cumplir. En caso contrario, ya sabe lo que puede esperar». No tuve tiempo para decir nada. Me colgó el teléfono.

—¿Recibió el arma que le anunciaron?

—No. Aún no.

Quedé unos segundos en silencio. Pensaba a toda máquina, mientras miraba en derredor, era un apartamento lujoso; excelentes muebles, decoración elegante y costosa.

—Estoy muy asustada, Nelson —dijo interrumpiendo mis pensamientos.

—Tranquila, pequeña —dije—. Encontraremos la solución.

—No te ofrecí una copa... ¿Te apetece un *whisky*? —susurró tuteándome.

—Soy incapaz de decir que no —sonreí—. En especial si es de «Johnny».

Noemí Warren se encaminó al mueble bar que había en un ángulo de la sala y preparó dos *whiskies*. Con satisfacción vi por la etiqueta que era mi preferido.

—¿Hielo? —inquirió.

—Sí, un par de cubitos, gracias —respondí cortés.

Desapareció de mi vista y salió por una puerta. Al momento oí

abrirse la puerta de un frigorífico.

Tardó muy poco en reaparecer con una cubitera en la mano.

Me alargó uno de los vasos después de haber puesto el hielo, y se sentó junto a mí.

—¿Qué debo hacer ahora?

—Se me ocurren muchas cosas, nena —dije con descaro.

Sonrió mostrando la blancura de su hermosa dentadura.

—Me refiero a mi problema, Roy.

—¡Ah, eso! —dije en tono de desencanto.

—¿Qué habías interpretado? —dijo picarona.

—Nada. Nada importante —murmuré.

—¿De veras no quieres decirme qué se te había ocurrido? —insistió.

—A lo mejor no iba a gustarte...

—¿Por qué iba a disgustarme que pensaras en acostarte conmigo?

Lo dijo asimismo. Lisa y llanamente.

Sin parpadear.

Sin sofocarse.

Me quedé con la boca abierta. Tratando de reaccionar.

Dejó lentamente su vaso sobre la mesita que teníamos enfrente. Luego me quitó suavemente el mío y lo dejó junto al otro.

Luego..., bueno, luego se convirtió en un pulpo, con una peligrosa ventosa en el lugar que creía recordar debía ocupar su boca.

Una vez leí en algún sitio que los divanes son algo así como el lecho matrimonial de los solteros.

Nada más cierto.

Cuando pasamos a su dormitorio, ya habíamos entablado un par de combates.

Abandoné su apartamento hacia las cinco de la madrugada.

Entre Evelyn por la tarde y Noemí aquella noche, me habían dejado como Dalila a Sansón cuando le cortó el pelo, incluso desistí de fumar un cigarrillo porque no tenía fuerzas ni para rascar un fósforo.

Soñaba con llegar a mi apartamento, darme una buena ducha y ponerme a dormir.

Pensé en Enid Marton y, consultando una vez más el papel que

me diera Rosie, miré el número de teléfono y me metí en la cabina que había casi enfrente de la casa de Noemí. Introduje unos níqueles en la ranura, marqué el número y aguardé unos segundos.

Casi al cabo de un minuto me habló una voz somnolienta.

—¿Quién es? Son ya las cin...

—Sé la hora que es, guapa —corté—. Soy Roy Nelson. Me dijiste que podía llamarte a cualquier hora, aunque fuera de noche, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. Pero es que ahora ya es casi de día.

—No pude llamarte ante, y tú me llamaste a la oficina. ¿Alguna novedad? —pregunté a sabiendas de que iba a responderme dándome el nombre de la víctima asignada—. Sí, pero por teléfono... ¿por qué no vienes?

—¿Ahora?

—¡Hombre, claro!

—Iba a dormir...

—Puedes hacerlo aquí.

Tragué saliva. Aquello era demasiado para un solo día.

—¿Te has quedado mudo? —inquirió Enid, al otro extremo de la línea.

—No, claro que no. Ahora voy —dije. Y yo mismo me sorprendí.

—No tardes.

Colgué el receptor como un autómatas.

Después tomé la dirección de su casa.

Era mi destino.

Quince minutos después oprimía el timbre de su apartamento.

—¿Eres tú, Roy? —Oí a través de la puerta.

—Si —murmuré.

La puerta se abrió y Enid Marton se enmarcó en el dintel.

Por única vestimenta llevaba un cortito camisón de nylon rosa, sobre unas minúsculas braguitas del mismo color.

—Pasa —dijo.

Y al apercibirse de que seguía apoyado en el marco de la puerta, contemplándola con ojos como platos, añadió:

—¡Corre, hombre! ¡Hace frío!

Desperté de mi letargo y la seguí como un dócil corderillo a través del apartamento, hasta llegar a su dormitorio.

Como una exhalación, se metió en la cama, mientras seguía

contemplándola. En mi despacho la había podido admirar la maravillosa perfección de sus piernas. Ahora me había podido convencer de que el resto de aquel chasis rayaba a la misma altura. ¡Era espléndida!

—¡Vamos, hombre! ¿Qué esperas? ¡Desnúdate!

—Pero... sólo hay una cama —logré articular con un esfuerzo.

—¿Y eso te preocupa...? ¡Vamos... desnúdate! —me urgió.

Iba a decirle que en efecto me preocupaba, y mucho... pero me callé como un bellaco y me quedé ante ella en traje de Adán pero sin la hoja de parra. ¡Vaya día, vaya tarde y vaya noche!

—¡Venga, métete en la cama! Aquí hablaremos igual, pero más cómodos. No es hora de estar en la salita.

Asentí y me introduje bajo las ropas, sintiendo el tibio calor de su cuerpo.

—Te llamé esta tarde a tu oficina. No estabas...

—Me encargaste algo, ¿recuerdas? Estuve trabajando en ello.

—¿Alguna novedad?

—Cinco nuevos cadáveres.

Al ver su rostro de incredulidad, le conté lo sucedido a Rosie. Enid no había leído los periódicos de la noche y rematé mi explicación contándole lo que ponían sobre los tres socios de la «Mac Linton».

Al parecer, Selwyn Lloyd se había ahorcado en su domicilio, dejando una nota para la policía en la que decía que, extorsionado por alguien que conocía algo que deseaba ocultar, se había visto obligado a matar a dos de sus socios. Lewis Mitchell y Martin Disher. Luego, arrepentido y horrorizado por la magnitud de su crimen, se había suicidado.

—¿Y tú, qué tenías que decirme? —inquirí al finalizar mi relato.

—Me marcaron la víctima, Roy. Es Thomas Warren.

No me sorprendió. Alguien trataba de eliminar a todos los componentes de la «Mac Linton Mines». El móvil sólo podía ser uno: poseer el control de la compañía. No ya con una mayoría de acciones, sino con casi la totalidad de las mismas.

Si excluía a los dos amenazados y a los tres fallecidos, quedaban Ronald Henderson, Mark Garrett y Clarence Norton.

Casi con seguridad uno de ellos, quizá dos, y porque no, a lo mejor los tres, era los culpables de todo aquel desaguizado.

—¿En qué piensas, Roy? —inquirió la chica al percatarse de que había quedado absorto en mis pensamientos.

Se lo expliqué.

—No soy santa de la devoción de Mark —murmuró la chica—. Y la simpatía es mutua, pero no le creo capaz de organizar algo así...

—Puede que me equivoque, nena... ¿Qué instrucciones te dieron?

Lo que me contó coincidía, casi absolutamente con lo que me contara Noemí. Tampoco sabía aún cómo debía realizar su crimen.

En cuanto a Henderson, Garrett y Norton, ¿estaría alguno de ellos amenazado sin que yo lo supiera?

No pude pensar en nada más. Enid apagó la luz repentinamente y sentí sus manos acariciar mi torso.

Aquello se complicaba.

Con un poco de suerte, iba camino de acabar tuberculoso.

—¿Por qué no dormimos un ratito y luego...? —insinué.

No me respondió. Y es que hay momentos en que las palabras sobran y aquél era uno de ellos.

Me resigné. Moriría descalzo; sin las botas puestas. ¿Qué más podía desear? ¿Cómo iba a explicarle lo de Evelyn? ¿Y lo de Noemí?

En realidad, no hizo falta.

Aquella chica era capaz de poner en pie el mismísimo Tuthankamon y hacerle bailar un jarabe tapatío.

Hasta pasadas las siete de la mañana no me dejó cerrar los ojos.

Cuando lo hice, creí entrar en el Paraíso.

A veces las camas, sirven para dormir... ¡Y da un gusto!

Como casi siempre en estos casos, me despertó un grato olorcillo a café y huevos fritos.

Enid estaba trajinando en la cocina.

Consulté mi reloj, que había dejado sobre la mesilla de noche, y vi con horror que eran ya más de las once.

Cuando fui a levantarme, me acordé de Rosie. Debía estar tan molida como yo, Aunque nuestras palizas difirieran la una de la otra.

Tambaleándome, llegué hasta el cuarto de baño. Abrí el grifo del agua fría y me metí bajo la ducha. Pegué los dos o tres aullidos de reglamento al notar cómo el agua fría me corría por la espalda después de taladrármela. Luego me relajé, y me quedé tieso bajo el

chorro, con los ojos semicerrados aún. Poco a poco noté que iba volviendo a la vida.

Ya casi totalmente despejado, cerré el grifo y me froté con una toalla envolviéndome luego en ella.

Salí del cuarto de baño y me fui hacia la cocina, siguiendo aquel estimulante olorcillo que ya antes había percibido.

Enid estaba allí.

—Vístete o cogerás frío —me dijo dándome un suave beso en la comisura de los labios—. Y no tardes... El desayuno ya está preparado.

—Voy, nena. Tengo el hambre de un león.

Al cabo de cinco minutos regresaba ya vestido.

Y unos segundos después desayunaba con fruición.

CAPÍTULO IX

Hacía las doce, salí de casa de Enid, Entré en un *drugstore* que había casi enfrente y me introduje en una de las cabinas telefónicas.

Marqué el número de la oficina y no me respondió nadie.

La pobre Rosie debía hallarse bastante fastidiada.

La llamé como le había prometido y apenas tardó en descolgar el auricular.

—¿Eres tú, Roy? —inquirió nada más establecerse la comunicación.

—El mismo, nena. ¿Adquiriste el poder de adivinación?

—¡Tonto! —dijo—. Sólo tú podías saber que hoy no iba a la oficina. No puedo moverme apenas...

—Tal vez necesitas un buen masaje... —deslicé suavemente.

—Si lo considero necesario, llamaré a un masajista —gruñó.

—Yo no te cobraré nada —aduje.

—¡Caradura! ¡Siempre piensas en lo mismo! ¡Eres...! ¡Eres...!

—Lo que soy es un incomprendido... ¡Hasta mañana, nena!

—No me llames nenaaaaa... —gritó su voz, perdiéndose en la lejanía, porque yo ya había alejado el auricular de mi apéndice auricular.

Colgué.

Decidí hacer una visita a Ronald Henderson y, después de consultar la dirección que Rosie me diera, tomé mi «Chrysler».

Los Henderson vivían en Loma Street, en una de las magníficas torres, victorianas en su mayoría, que bordean la calle que desciende en continuas curvas hacia la bahía. Estaba su mansión en lo más céntrico del distinguido entorno. Zona residencial de millonarios, como Nob Hill.

Desde allí, se divisaba la bahía, envuelta en bruma.

En San Francisco no nieva, hace buen clima, pero según en qué época y en qué zona se deja sentir un viento frío del Pacífico que

hace necesario contrarrestarlo con un buen trago de *whisky*.

Cautamente ya me había tomado un «Johnny» en el *drugstore*; no obstante, cuando me apeé del coche, me estremecí.

Caminé unos metros hasta la verja de la entrada y toqué el timbre. Apenas transcurrieron un par de minutos y la puerta central de la casa, que dictaba unos treinta metros, se abrió para dar paso a un mayordomo que, descendiendo la escalinata de mármol, vino a mi encuentro con andar majestuoso.

—¿Qué desea el señor? —inquirió en tono impersonal cuando llegó ante la verja.

—Hablar con el señor Henderson —dije sin preámbulos.

—¿Le citó previamente?

—No —gruñí—. Pero le interesa hablar conmigo.

Mi tono no le gustó. Torció el gesto y me miró de pies a cabeza.

Por la mueca que hizo, su examen no debió resultar del todo satisfactorio.

—Dígame su nombre y preguntaré si desean recibirle —dijo sin comprometerse—. No hace falta. Diga que es para hablar de unas fotografías tomadas el día de la fiesta de los señores Cranston.

—¿Nada más? —se sorprendió.

—Le aseguro que sobra —respondí en tono risueño.

Se alejó sin hacer ademán de abrir la verja.

Peor para él. Iba a costarle otro viaje.

Apenas pude encender un cigarrillo y ya venía de nuevo a mi encuentro, pero esta vez casi galopando por el empedrado. —Pase el señor— dijo descorriendo el cerrojo.

—Muy amable —respondí exhibiendo mi dentadura en una sonrisa-cheese.

Me precedió en silencio y así entramos en un salón biblioteca.

Un hombre alto, de grises aladares, ojos penetrantes y atlética figura en pie. Tenía apretados los maxilares y su expresión era además de dura, poco amistosa.

—¿Quién es usted? —espetó a la primera de cambio. Hice caso omiso a su pregunta y, después de exhalar una bocanada de humo, dije suavemente:

—Quería hablar con usted de unas fotografías, si es usted Ronald Henderson, claro.

—Lo soy, y le ruego que abrevie. ¿Cuáles son sus pretensiones?

Añadió después nerviosamente.

—¿Vio las fotos?

—Claro que las vi. ¿Me las envió para eso, no? ¡Son una cochinada!

—Se equivoca —respondí tranquilamente.

—¿Qué quiere insinuar? —preguntó.

—Yo no las envié. Sólo vine a tratar de ellas.

Enarcó las cejas visiblemente sorprendido por el error sufrido.

—Creo que no le entiendo... —murmuró.

Iba a entender enseguida.

—¿A quién tiene que matar a cambio de hacerlas desaparecer? —dije brutalmente. Henderson palideció horriblemente. Luego abrió la boca para decir algo, pero no pudo articular palabra. Por un momento creí que iba a darle un ataque y lamenté mi dureza. Con las piernas temblándole, se llegó hasta un sillón y se derrumbó en él visiblemente afectado.

—¿Quién es usted? —volvió a preguntar, cuando se hubo recobrado un tanto.

—De momento, un amigo —dije ambiguamente.

—¿Le envía Noemí?

—¿Noemí? —interrogué—. ¿Quién es ésa?

No podía comprometer a mi cliente. Por ello opté por simular que nunca había oído hablar de ella.

Henderson, por su parte, se desconcertó visiblemente y leí en su rostro que una vez temía haber hablado demasiado.

No me pareció el individuo capaz de organizar aquel tinglado, pero estaba dispuesto a exprimirle como a un limón si ello me podía dar alguna luz.

—Escuche, Henderson —dije—. Tres de sus socios en la «Mac Linton Mines» han muerto ya violentamente. Me refiero a Lewis Mitchell, Martin Disher y Selwyn Lloyd.

—Lo sé —gruñó interrumpiéndome—. ¿Cómo iba a ignorarlo...?

—Alguien está tratando de hacerse con la totalidad de la compañía por el expeditivo medio de ir eliminando uno a uno a los miembros del consejo —seguí haciendo caso omiso de su interrupción—. Tengo motivos para suponer que otros dos socios están amenazados: Thomas Warren y Phil Cranston. ¿A quién le piden que liquide usted, Henderson, a Mark Garrett o a Clarence

Norton?

Henderson dio un salto en el sillón.

No era difícil apreciar que estaba terriblemente asustado.

—Vamos, Henderson —le animé—. Ya le dije que soy un amigo. ¿Qué pierde con revelar la verdad? —Remaché.

—Garrett —murmuró tras una vacilación—. El debe ser la víctima.

—¿Cuándo? —inquirí.

—No lo sé aún. Espero instrucciones —aclaró tras un titubeo.

—Cúidese, Henderson. Su propia vida puede estar en peligro. Si recibe noticias del extorsionado llámeme urgentemente —le tendí una tarjeta profesional—. Trataré de evitar que se meta en un callejón sin salida.

—No creí que fuera un detective privado, Nelson —gruñó al leerla detenidamente.

Sonreí cínicamente.

—¿Quién creyó que era? ¿Un polizonte?

Asintió.

—Se equivocó —dije simplemente—. Aunque en tiempos lo fui.

—Por lo que me ha dicho, me ha dado a entender que tal vez sea Clarence Norton quién está detrás de todo esto. ¿Es así?

—Tal vez —dije sin comprometerme, pero admirando la deducción que Henderson había sacado de mis palabras. En ello pensaba yo, ciertamente.

—No lo creo —dijo después de un corto silencio.

—¿Por qué?

—Llámelo intuición —y luego tras una pausa, preguntó—: ¿No nos tiene nadie asignados como víctimas? Me refiero a Norton y a mí.

Moví la cabeza negativamente.

—No, que yo sepa —dije.

—No me extraña. No somos importantes para ser asesinados. Soltó una carcajada jovial.

—¿Dónde tiene las minas la Mac Linton? —espeté de pronto.

—¿De veras no lo sabe? —se sorprendió.

—Hasta ahora nunca oí mencionarla.

—Es una especie de gran «trust» industrial y comercial, Nelson. Muy poderoso.

Diamantes y esmeraldas en Sudáfrica, Congo, Venezuela, Colombia...

Lancé un silbido.

—¿Un botín tentador, eh?

—Sin duda.

—Una última pregunta, Henderson.

—¿No cree que ya he respondido a demasiadas?

—Trato de ayudarle.

—¿Quién es su cliente, Nelson? Y no me diga que no lo hay. No estaría usted metido en esto.

—No puedo responder a su pregunta, Henderson. Pero en efecto, lo hay.

—¿Secreto profesional?

—Exactamente.

—¿Me tomaría también como cliente?

—Si sus intereses no son contrapuestos, sí —dije sin comprometerme.

—Entiendo y acepto, Nelson. Mañana recibirá un cheque a cuenta de gastos. —De acuerdo— acepté a mi vez. —Pero aún tengo una pregunta que hacerle, ¿recuerda?

—Suéltela.

—¿Qué opina de Edwin Nolan?

Me miró fijamente, luego, sopesando la pregunta, respondió lentamente:

—No me gusta ese tipo.

—¿Por algo especial?

Vaciló un momento.

—No vi clara su actuación antes de que me hicieran esas fotografías. ¿Qué pensará Noemí?

No respondí a su pregunta. No podía decirle que la chica había venido a mí en busca de ayuda. Henderson me parecía sincero, pero era un sospechoso más.

—¿Algo más contra él? —Indiqué.

No esperaba mi insistencia. Le vi vacilar.

—Nada en especial —dijo luego.

Mentía.

¿Por qué?

—Téngame al corriente de cualquier novedad —dije a guisa de

despedida.

Y sin estrechar su mano me dirigí a la salida.

Unos minutos después cruzaba la verja de entrada en sentido opuesto. Volví la cabeza y pude ver cómo el estirado sirviente retornaba erguido a la casa. En una ventana del primer piso vi también una figura de mujer recortarse sobre la luz del fondo pero a aquella distancia no pude ver su rostro.

Ya sentado en el «Chrysler», fruncí los labios para sostener el cigarrillo mientras encendía la llamita azul del mechero y chupaba ávidamente. Luego me puse a reflexionar.

Si ustedes han seguido bien todo cuanto me han informado, saben tanto como yo. Es decir, casi nada.

Pero es necesario ordenarlo todo para hallar las lagunas que, cubiertas, nos indicarán el camino de la luz.

Veamos.

Noemí Warren acude a mi diciendo que al salir de la fiesta de Sos Cranston acompañada por Ronald Henderson, socio a su vez de Cranston y de su padre en una sociedad, van a tomar una copa antes de retirarse a casa. Pierde la noción de lo que ocurre y es fotografiado en unión de Henderson en posturas más pornográficas que eróticas. Ninguno de los dos se apercibe y son chantajeados. El precio de las fotografías para Noemí será matar a Cranston; el de Henderson, matar a Mark Garrett, «casualmente» otro socio de la firma.

Selwyn Lloyd, otro de los ocho componentes de la «Mac Linton Mines», sociedad en cuestión, móvil de aquel enorme lío, se carga al parecer a otros dos socios Lawis Mitchell y Martin Disher.

Otra de mis clientes, Enid Marton, prometida del hijo de Garrett es amenazada por otro chantaje y conminada a eliminar a Thomas Warren, padre de Noemí.

Quedan, pues, dos socios sin amenaza sobre ellos; Ronald Henderson y Clarence Norton.

El chantajista y promotor de los asesinatos tan hábilmente planeados ha llegado a conocimiento de las bases de extorsión a través de Ernie Spencer, empleado en la Mc Linton, como guardaespaldas de Cranston, quien a su vez ha obtenido dichos informes del doctor Sheppard. Por eliminación nos quedan pues Henderson y Norton. Si eliminamos a Henderson por ser víctima de

un chantaje, nos queda solo Clarence Norton.

¿Es Norton el culpable?

¿Extorsiona él a los otros para quedarse solo en la Mac Linton Mines? Demasiado fácil.

Y muy peligroso para él ese juego tan abierto.

No me gusta un ápice esta solución.

Cualquier polizonte con menos seso que Hawkins llegaría a esta meta que barrunto y para el fiscal del distrito sería un juego de niños crucificar al tal Norton.

Hay muchas incógnitas que necesito despejar, para ver más claro, aunque una idea bastante consistente va poco a poco tomando base en mi azotea. Podría numerar así los últimos cabos sueltos:

1.º ¿Dónde fueron drogados Henderson y Noemí?
¿En casa de los Cranston o en el «Black Penguin»? ¿O fue Henderson quien drogó a la chica tal vez en el mismo coche? 2.º ¿Estaba realmente enferma Ethel Henderson?

3.º ¿Por qué había regresado Noemí Warren con su padre a casa al «indisponerse» Nolan? ¿O es que no estuvo Warren en la fiesta?

4.º ¿Por qué dijo Henderson que tanto Norton como él no son importantes para ser asesinados? Tal vez Enid Marton pueda aclararme algo que me bulle al respecto.

5.º
Olvidé preguntar algo a Nolan. ¿Era realmente amigo de *Dandy Fowler*? ¿Podía Nolan saber quién lo mató?

6.º ¿Qué ocultaba Henderson?

7.º ¿Qué tiene contra Edwin Nolan, aparte de lo que atañía a su comportamiento en la fiesta de los Cranston?

8.º ¿Quién había introducido a Ernie Spencer en la Mac Linton Mines?

9.º ¿Por qué necesitaba Cranston un guardaespaldas?

Y por último: ¿Había algo entre Nolan y Ethel Henderson? No me gustó la respuesta de Nolan a cierta persona que le hice acerca

de la dama en cuestión.

Estoy seguro de que, si llego a conocer las respuestas a todas estas preguntas, tendré al organizador de los crímenes en mis manos, pero por el momento renuncio a formularme más.

Arrojó la colilla del cigarrillo por la ventanilla, mientras pienso a toda presión a riesgo de fundir alguna lámpara.

Después de rememorar todas las incidencias del caso, vuelvo a encontrarme con el nombre del maldito Spencer dándome vueltas. Tiene que haber alguna otra trabazón de Ernie con el caso en la que no he reparado. Algo a lo que no he prestado la debida atención. ¿Pero qué? ¿Cómo encajaban las piezas de aquel endemoniado rompecabezas?

CAPÍTULO X

He puesto el «Chrysler» en marcha. Tengo muchos caminos para seguir, pero he decidido ir en primer lugar a ver a Rosie. Luego he pensado en ir a comer. Tengo un hambre atroz, y el bueno de Li ya debe estar echándome en falta.

Más de media hora tardé en cruzar San Francisco hasta aparcar finalmente ante el edificio de apartamentos, donde Rosie tenía su encantador ático.

Unos minutos más y llegué ante su puerta.

Oprimí el zumbador y aguardé.

La puerta no tardó en abrirse y Rosie reapareció en el umbral.

Antes de que pudiera abrir la boca, me dijo nerviosamente:

—No necesito comprar nada, señor. Disculpe... —Y empujó la puerta hacia mí, cerrándola.

Algo no iba bien allí dentro.

Pegué mi oído a la puerta y pude oír con bastante claridad:

—Muy bien, nena. Le has ahorrado un buen susto al tipo que llamaba. Lástima que tu actuación no mejora tu situación. ¿Lo comprendes, no? Tengo que justificar mi sueldo...

Ya había oído bastante.

Desenfundé mi «Magnum» y volví a pulsar el zumbador.

Se abrió de nuevo la puerta.

Esta vez no era Rosie. Era un tipo grandote con cara de foca y el rostro lleno de cicatrices que marcaban su paso por los *rings*.

—Ya se lo dijeron antes, amigo. No queremos comprar nada, así que no moleste —me gruñó.

Sonreí, mientras apoyaba el cañón de la «Magnum» en su ombligo.

El tipo palideció mientras boqueaba como si le faltase aire, y retrocedió cediendo a la presión de mi cacharro.

—¡Roy! —exclamó Rosie—. ¡Oh, Roy!

Y se vino hacia mí para abrazarme, interponiéndose unos segundos entre los dos.

Fue suficiente para cambiar la situación.

Noté un fuerte manotazo y la «Magnum» saltó despedida cayendo en un rincón. Ahora tendría que vérmelas mano a mano con Cara de Foca.

Rosie gritó de rabia al darse cuenta de su error y lanzó a la pierna izquierda un fuerte punterazo. Éste aulló de dolor llevándose las manos a la dolorida espinilla.

Yo aproveché la coyuntura para descargarle un feroz golpe con ambas manos planas en la base de la nuca.

Un tipo normal se hubiera venido abajo y se habría roto la cara en el suelo, o se habría empezado a comer la alfombra...

Aquella bestia, no.

Dio un rugido que envidiaría al león de la M.G.M., y lanzó un zarpazo que me partió una ceja.

Aunque la sangre es roja y empezó a manar en abundancia, lo cierto es que lo vi todo negro.

¿O es que ya no podía abrir el ojo? ¿Sería oscuridad?

Furioso le lancé un directo y luego un «crochet» con la zurda.

El tipo ni se inmutó.

Aquel bestia estaba acostumbrado a encajar.

Logré detener con el antebrazo su enorme puño que se me venía encima y le lancé a mi vez un directo con tanto ímpetu como pude reunir. Sólo logré que trastabillara.

Tuve ocasión de repetir el golpe y gruñí de satisfacción al sentir cómo la barbilla de Cara de Foca crujía bajo el impacto.

El golpe me produjo un dolor tan vivo en los nudillos que por unos segundos dudé si lo que había crujido había sido su mandíbula o mi mano.

Rosie mientras tanto no había permanecido inactiva. A gatas, trataba de alcanzar mí «Magnum», que había ido a parar bajo un mueble librería.

Casi lo había conseguido, cuando Cara de Foca dejó de retozar conmigo para ir derecho hacia ella y apartarla de un patadón que no pude evitar, pero ello me dio tiempo para alzar una silla y rompérsela en la cabeza.

Abrió las piernas tratando de afianzarse y mantener el equilibrio

y ello me dio la oportunidad de aplicarle mi llave favorita: una soberbia patada en los atributos del varón.

Su cara adquirió un tono tan blanco que cualquier firma de detergentes hubiera soltado un buen puñado de «pavos» por decir que había sido lavada por ellos. Sus ojos hicieron un guiño extraño y su boca emitió un gorjeo antes de que su enorme cuerpo se viniera abajo estruendosamente.

Gimiendo por el golpe recibido, Rosie se incorporó, tendiéndome la «Magnum», que ya había conseguido recuperar.

Tomándola con la derecha, la introduje en la funda axilar. Luego tomé a Rosie por la cintura con ambas manos y la atraje hacia mí. Su boca entreabierta acudió al encuentro de la mía.

Un ardiente comezón recorrió todo mi cuerpo.

—Viniste muy a tiempo, Roy —susurró ella junto a mi boca.

Luego, de nuevo, sus labios buscaron los míos con ansia febril.

Luché por razonar con claridad, porque a cada segundo que transcurría las ideas eran más difíciles de centrar. Un velo de niebla envolvía mi mente anulándola.

El insistente sonido del timbre de la entrada nos hizo volver a la realidad.

Lentamente Rosie se separó de mí y fue hacia la puerta.

Sonrió al ver al visitante.

—Buenos días, teniente. Pase.

—Hola, Rosie. ¿Sabes algo de Nelson? Como teníais la oficina cerrada...

Calló al verme y silbó al reparar en mi aspecto. Aún no había visto a Cara de Foca. —Estaba preguntándome cuánto tiempo tardarías en buscarme. ¿No puedes vivir sin mí, eh?— gruñí.

—No estás hoy muy amable —rezongó—. ¿Te planchó una apisonadora?

—Algo parecido. Ahí lo tienes —dije señalando a mi espalda y apartándome a la vez para que pudiera ver a Cara de Foca.

—¿Está muerto? —preguntó.

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes? —dijo sarcástico—. ¿Crees que soy idiota?

—Es la verdad, Hawkins —intervino Rosie.

—La perfecta secretaria, ¿eh? —Gruñó el policía.

Rosie se sofocó.

Sabía que le iba a responder con dureza y por ello le hice una seña casi imperceptible para que callase.

Hawkins se había acercado al «torpedo» y acucillado junto a él, estaba reconociéndolo.

—Este tipo está muy mal, Nelson.

—¿Debo ponerme a llorar? —mascullé.

—Llama al Precinto pidiendo una ambulancia, Nelson. Mientras Rosie me explicará lo ocurrido. Asentí.

Oí a Rosie explicarle lo sucedido, mientras yo hablaba con Donegan uno de los muchachos de Hawkins. Colgué cuando hube terminado y me acerqué al caído Cara de Foca.

Le registré los bolsillos, mientras sentía fija en mí la penetrante mirada de Kenneth Hawkins.

Sólo hallé un puñado de dólares, un libro de fósforos y un carnet de conducir a nombre de Mike Heller. Ése era el nombre de Cara de Foca. Lo devolví todo a los bolsillos en que lo había hallado y me senté junto a Rosie, frente a Hawkins.

Acababa de hacer un verdadero esfuerzo para que Hawkins no notara mi interés por el libro de fósforos. Era del «Black Penguin». ¿Casualidad?

Rosie había acabado de exponer lo ocurrido con todo detalle.

—¿Conocías al tipo? —me preguntó el teniente.

—No —dije—. Es la primera vez que lo veo. Según su permiso de conducción, se llama Mike Heller.

—Tampoco a mí me dice nada el nombre —gruñó Hawkins—. Con éste ya van cinco tipos que intentan algo contra nosotros. ¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Ya te dije que no sé quién me los envía. Si lo supiese..., bueno, te llamaría para que recogieras sus astillas.

—¿Sigues con el caso de la «Mac Linton»? —preguntó Hawkins suavemente.

—Sí.

—¿Tienes algo que informar?

—Tal vez, Hawkins. Pero no en este momento. ¿Habéis comido? Tanto Rosie como Hawkins movieron la cabeza negativamente.

—En cuanto los muchachos envíen la ambulancia para llevarse a ése —dijo señalando despectivamente a Cara de Foca—, os invito a

comer en el Nueva Seúl. Estoy muerto de hambre. Espero que Li pueda servirnos aún, pese a la hora.

—Estás muy generoso hoy —dijo Hawkins—. ¿Qué ocultas?

—Es la comisión que te doy por llevarse los desperdicios —reí—. ¿Eso no es soborno? —terció Rosie risueña.

Finalizábamos la comida. Como de costumbre, Li se había lucido en los platos elegidos. Encendí un cigarrillo que me ofreció Hawkins y lancé una bocanada al aire. Pensaba aceleradamente. Sabía que Kenneth no cejaría en acosarme hasta hacerme soltar lo que sabía, y yo no podía hablar sin comprometer a mis tres clientes.

—Vuelvo a preguntarte lo de antes, Nelson —dijo Hawkins con suavidad—. ¿No tienes algo que decirme?

—No sé aún bien por dónde me muevo —gruñí. Y en realidad apenas mentía.

—¡Oh, vamos! No me vengas con ésas, ¡a mí no! —Gruñó a su vez el teniente—. Ni me salgas por la tangente hablando del silencio profesional y todo eso.

Sonreí.

—Es difícil hablar con un zorro —dije—. Siempre crees que miento u oculto algo.

—Sueles hacerlo. Reconócelo. Y me estoy cansando de recoger tu basura sin saber por qué lo hago. Siempre hablas de colaborar, pero no veo por ningún lado esa colaboración, ¡maldita sea! Ninguno de tus líos es un juego, Roy. Siempre están llenos de fiambres. El fiscal clamará pidiendo alguna cabeza.

—¡Huuuummm! —Gruñí—. Acabarás creándome un complejo.

—¿Tú, un complejo? —rió sarcásticamente—. ¡Tienes la cara más dura que el corindón!

—¿Qué quieres saber? —dije sin poder evitar una sonrisa.

Rosie por su parte trataba de reprimir una carcajada y tenía los ojos plagados de lágrimas.

—¡Todo! —exclamó Hawkins—. ¿Me oyes? ¡Todo!

—Alguien intenta hacerse con el control total de la «Mac Linton Mines and Co». Ahí está la clave de todo este galimatías. De los ocho componentes del Consejo de Administración, tres han muerto, como ya sabes, y otros tres están amenazados de muerte, aunque ellos no lo saben. Estoy investigando los otros dos.

—¡Maldito seas, Nelson! Si hay tres hombres amenazados, deben

saberlo para protegerse y yo debo también conocer sus nombres por el mismo motivo. ¿O tengo que conocer sus nombres cuando vaya acompañando al forense?

—Los asesinos que tienen asignados no quieren matarlos. Controlo la situación, créeme.

—¡Vas a volverme loco, Nelson! ¿Quieres decir que conoces a los que tienen que matarlos?

—Exactamente.

—¡Cielos! ¡Si muere alguien más, serás un encubridor! ¿Te das cuenta?

—Sólo si mata uno de los que yo sé posibles asesinos. Y te puedo garantizar que ninguno de los tres quiere matar.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo sé porque éstos son precisamente mis clientes.

Hawkins se pasó la mano por el rostro y se mesó los cabellos, aunque estaba perfectamente peinado. Parecía a punto de sufrir un ataque de nervios.

—¿Encima, tres clientes? ¿Qué ética es ésta?

—No tienen intereses contrapuestos. Sólo el mismo problema. Alguien los extorsiona para hacerles cometer esos crímenes, ¿comprendes?

—Si los extorsiona, es que no tienen la conciencia muy limpia tus benditos clientes. —Te equivocas. Suelen precipitarte en tus conclusiones, Hawkins. Les extorsionan con pruebas amañadas de hechos inexistentes— mentí con descaro.

—¿Estás seguro de eso?

—Completamente —dije apagando el cigarrillo en el cenicero.

Nelson, cuando callas eres incordiante, pero hablando eres incorregible. Tu juego es muy peligroso. Recuerda a Selwyn Lloyd, mató a dos de sus socios.

—No era cliente mío —aduje serenamente.

—¿Por qué crees que lo hizo? ¿Crees que lo extorsionaban?

—Seguro. El mismo que lo intenta con los demás. Sólo que ese tipo cedió y se arrepintió luego. ¿Sabes algo especial de él?

—Era homosexual. Frecuentaba la comuna homosexual de North Beach.

—Ahí tienes un motivo —apunté—. Tal vez ocultaba algo importante a ese respecto que no deseaba se supiese.

—¿Tan importante como para matar? —inquirió Hawkins.

—¿Por qué no? El ser humano reacciona a veces imprevisiblemente.

—¿Quiénes son los dos posibles sospechosos?

—No puedo responder a eso, Hawkins. No, aún. No tengo elementos de juicio suficientes. Por desgracia un buen número de pistas han muerto con Ernie Spencer.

¿Puedes autorizarme a revisar su apartamento?

—Ya lo revisamos. No había nada de interés.

—No obstante me gustaría.

—Te has vuelto muy comedido, Nelson. No sueles pedir permiso para abrir apartamentos cerrados.

—¿Tengo esa fama?

Hawkins movió la cabeza y dirigiéndose a Rosie que nos escuchaba en silencio, dijo:

—¿Qué te parece la jeta que gasta tu jefe?

Rosie sonrió cándidamente.

Luego Hawkins se metió la mano en el bolsillo y, sacando una navecilla, me la tendió diciendo:

—Devuélvemela luego. Es la del apartamento de Spencer. Ayer retiré la vigilancia que puse por si alguien iba por allí.

—Gracias, Hawkins —dije tomándola—. Por cierto —añadí—. ¿Tienes idea de quién lo colocó en la «Mac Linton»?

—Fue uno de los socios.

—¿Cranston?

—No, Henderson.

—¿Estás seguro? —exclamé sorprendido.

—Sí, desde luego.

—¿Pero qué papel desempeñaba entonces allí?

—Era guardaespaldas de Cranston.

—No lo entiendo —murmuré.

—Cranston era de los socios que manejaba envíos de gemas. Spencer le acompañaba como protector de esos envíos.

—¿Un tipo como él? Es raro que no cometiese un atraco.

—Generalmente eran piedras sin tallar. Es difícil deshacerse de un género así. Los expertos las identificarían con facilidad.

—Huuuummm —murmuré no muy convencido.

—¿Por qué te sorprendió que lo recomendase, Henderson? —

inquirió Hawkins entornando los ojos.

—No sé. Creí que habría sido el mismo Cranston quien lo introdujo.

Li se aproximó entonces a nosotros y nos sirvió unas tazas de café.

—¿Teniente, satisfecho con menú elegido? —inquirió en tono cortés.

—Muy satisfecho, amigo Li —respondió Hawkins—. También yo vendría más a menudo, pero el sueldo de un policía no es como el de un detective privado.

—Teniente, ¡bien venido molada humilde Li!

—Gracias, Li Wang Pen —agradeció Hawkins.

El chino se alejó tras una ceremoniosa reverencia.

Quince minutos después, aboné la cuenta y los tres salimos del Nueva Seúl.

Antes de separarse de nosotros, Hawkins volvió a exigirme colaboración. Le vimos marchar en su coche. (Habíamos llegado al Nueva Seúl cada uno en el suyo) y Rosie y yo nos encaminamos a mí «Chrysler».

CAPÍTULO XI

—¿Cómo te encuentras, Rosie? —pregunté, sentados ya en mi coche y antes de girar la llave de contacto—. ¿Muy magullada?

—No. Estoy perfectamente, Roy. Me fue bien el descanso de ayer. Y en cuanto a hoy, llegaste muy a tiempo. Empezaba a sentir miedo.

—Estaba pensando que no es prudente que vayas a la oficina ni a tu apartamento hasta que eso acabe. No quiero exponerte a más peligros. Tengo ya una idea de este embrollo y creo que la situación actual no durará, pero es mejor no confiarse.

—¿Qué crees entonces que debo hacer?

—No separarte de mí y venir de noche a mi apartamento. Estarás más segura.

—Quisiera creerte...

—No supondrás que yo...

—Sólo hay una cama, Roy. De matrimonio.

—Pero hay un magnífico sofá en el saloncito. ¿Lo has olvidado?

Rosie me miró fijamente a los ojos.

—Está bien, acepto —dijo.

—Después de cenar, ya recogeremos lo más imprescindible de tu apartamento.

Rosie inteligentemente cambió de tema.

—¿Qué plan tienes para esta tarde? —preguntó curiosa.

—Primero iremos al apartamento de Spencer, luego haremos una visita a Edwin Nolan y por último, después de cenar en el Nueva Seúl y recoger tus cosas, iremos al Black Penguin Club.

—Un panorama ciertamente más grato que aporrear la máquina en la oficina.

—Pues vamos allá, nena.

Esperaba oír su queja por llamarla así, pero en lugar de ello, abrió su bolso y encendió dos cigarrillos, pasándome uno.

Pensando en aquel lío que estaba tratando de desembrollar, me percaté aún más del protagonismo que en los puntos oscuros estaba adquiriendo por momentos el amigo Henderson.

¿Por qué recomendaría a un tipo como Spencer? ¿De qué lo conocía? Sí, eran dos buenas preguntas que tendría que hacerle cuando lo viera de nuevo.

Conduje en silencio hasta el edificio de nueve plantas en que había vivido Spencer. Pude aparcar fácilmente.

La puerta estaba abierta y penetramos dirigiéndonos al ascensor. En un momento estuvimos ante el apartamento 46 de la cuarta planta.

Extraje de mi bolsillo el llavín que me diera Hawkins e, introduciéndolo en la cerradura, lo hice girar dos veces.

Abrí y alargué la mano al encuentro del conmutador de la luz. Lo accioné y hasta inundó la habitación que había estado a oscuras al tener bajadas las persianas que daban al exterior.

Entramos y cerré detrás nuestro.

Todo estaba más o menos como lo viera la otra vez que estuve. Entonces no encontré nada revelador, quizá por la premura con que hice el registro.

—¿Qué buscamos, Roy?

—Buena pregunta, encanto. Eso quisiera yo saber —confesé.

—Poco voy a poder ayudarte con esa magnífica información —gruñó Rosie con un mohín de disgusto.

—Revuelve lo que quieras de por aquí y si algo te choca me lo muestras. Yo voy hacia el dormitorio —dije por toda respuesta.

En el dormitorio aún se veía una fea mancha rojo-amarillenta en su alfombra y, marcada con tiza, la silueta del cuerpo de Spencer en la posición que lo encontré.

Comencé a revolver todos los cajones de la cómoda, ahora con detenimiento y sin necesidad de cuidar que todo quedara igual. No hallé nada de interés. Tampoco en el armario. Subido en una silla, revisé su techo. Nada tampoco. Ni en el resto de la habitación.

En el cuarto de aseo no fui más afortunado.

Cuando emprendía el pasillo que conducía al saloncito de la entrada donde oía revolver a Rosie, un cuadro que representaba un bosque con una cabaña llamó mi atención.

Parecía más despegado de la pared, más de lo que pudiera

considerarse normal, claro.

Lo descolgué y lo giré.

Premio.

Había un sobre abultado sujeto al bastidor de la tele con papel engomado.

Lo despegué y coloqué de nuevo el cuadro en su lugar.

Abrí el sobre, lleno de excitación, pues intuía algo importante en su interior.

Y, en efecto, la sorpresa fue mayúscula. El sobrecito en cuestión contenía una declaración firmada por un testigo que podía demostrar que sólo Enid Marton pudo matar a «*Dandy*» Fowler. Así como otro documento en el que tres firmantes declaraban que Enid Marton había vivido de la prostitución bajo la protección de Fowler. Ignoraba si esos documentos eran genuinos o si habían sido «confeccionados» a raíz de lo que Sheppard pudo sacar a Enid, pero el efecto sería el de una bomba si eran mostrados a los Garrett.

Estaban asimismo las famosas fotografías tomadas a Noemí y Ronald Henderson, así como los negativos de las mismas y dos fotografías antiguas de Ernie Spencer, acompañado de una dama de muy buen ver. No había ninguna indicación de quién pudiera ser en su dorso. Ni fecha en que fueron tomadas.

Me lo guardé todo en un bolsillo de la americana.

Curiosamente, la información para extorsionar a Noemí y a Henderson era la única que no procedía de Sheppard. Era extraño sin embargo que Spencer no la hubiera entregado a quien manejaba aquel condenado asunto. Era realmente sorprendente que se hubiera iniciado la presión sobre Noemí y Henderson sin poseer las fotografías y los negativos y sobre Enid Marton. Eso indicaba una gran confianza entre Spencer y su jefe o tal vez todo lo contrario y quizá el que Spencer no las hubiera entregado había sido la causa de su muerte.

Sea como fuera Noemí, Henderson y Enid Marton quedaban a partir de aquel momento fuera de la égira del criminal.

Eso conducía a exonerar a Henderson. ¿Una nueva casualidad? No dejaba de ser sorprendente que se hubiera eliminado a Spencer sin recuperar antes estas comprometedoras fotografías que ponían a tres personas en las manos del asesino. ¿Por qué no se había intentado recuperarlas?

Rosie cortó el hilo de mis pensamientos al irrumpir en el pasillo.

—No encontré nada, Roy. ¿Y tú?

—Encontré las fotos que motivan las extorsiones a Noemí Warren y Ronald Henderson y documentos que amparan el chantaje a Enid Marton —murmuré.

—Eso es magnífico, Roy. ¿Cómo las hallaste? —inquirió sin pedirme verlas.

Se lo expliqué brevemente, así como las dudas e incógnitas que ello provocaba.

—¿Quieres revisar tú la salita, Roy? Yo no veo nada que pueda interesar.

—No —murmuré—. No creo que haya más de interés. Creo tener más de lo que esperaba hallar.

—¿Seguimos entonces con tu programa?

—Exactamente, nena. Vamos a ver qué nos responde Nolan a unas preguntas que deseo hacerle.

Estábamos ya frente a la puerta del
«Corinthian's
Club».

El tipo que lleno de entorchados como un almirante se hallaba junto a la puerta nos sonrió cortés.

Ya podía el muy cabrón. La visita anterior me había «sacado» cincuenta «pavos» y ahora ya tenía otro billete igual para largarle. Debía haberlo olido a distancia, pues a cinco metros ya empezó su repertorio de reverencias y sonrisas.

Rosie me miró asombrada.

—No sabía que te conocían tanto, Roy —musitó en voz baja—. ¿Vienes mucho?

—Afortunadamente, no —suspiré, sin revelarte el secreto de la acogida.

Fuimos directos al bar.

Hubo más suerte que la primera vez. Nolan estaba acodado en la barra. Se lo señalé a Rosie con un movimiento de cabeza.

Ella silbó por lo bajo.

—Oye, Roy..., no me habías dicho que se pareciera tanto a Rodolfo Valentino...

Le respondí con un gruñido.

Nolan me había reconocido y nos miraba fijamente. En su rostro se dibujaba una clara mueca de disgusto.

—No esperaba volverle a ver —gruñó en tono antipático—. Creí que lo habíamos hablado todo.

—Usted sabe que no, Nolan. Por eso he vuelto.

—¿Acompañado?

—Ése no es problema suyo.

—No tengo por qué responder a sus preguntas y no pienso hacerlo.

—Lo hará.

—¿Piensa obligarme? ¿Aquí?

—No. Sólo acusarle de encubridor y cómplice en tres asesinatos.

Dio un respingo y saltó de la banqueta. La sonrisa había desaparecido en su rostro. —No puede hacer eso. Yo no he hecho nada. ¡Maldito sea!—. Eso lo decidirá el juez, Nolan.

—¿Está loco? —hizo una pausa—. ¿Quién es ella? —inquirió luego haciendo un movimiento de cabeza, para señalar a Rosie.

—Lo sabrá a su debido tiempo, Nolan.

Hice una breve pausa y disparé una de las preguntas que quería hacerle:

—¿Conocía a «*Dandy*» Fowler, Nolan?

Nos miró con los ojos muy abiertos por el asombro.

—No —dijo con voz queda, aspirando aire profundamente—. Miente —dije secamente—. Y eso es peligroso, Nolan. Muy peligroso.

Miró en derredor asustado como si temiese que alguien pudiese oírnos.

—Aquí, no... —balbuceó y nos señaló una mesa apartada, precediéndonos.

Se dejó caer desmadejado en una de las sillas. Rosie y yo ocupamos otras junto a él, en silencio. Esperábamos su respuesta.

—Fowler murió —susurró.

—Lo asesinaron —dije rudamente.

—Sí —dijo en el mismo tono débil de voz—. Pero yo no tuve nada que ver con ello.

—Lo sé. Sólo le pregunté si lo conocía.

—Sí. Le conocía.

—¿Conocía Fowler a Henderson? —pregunté siguiendo una

corazonada.

—¿Ronald Henderson? No, no creo. Pero sí a su mujer. A Ethel. Traté de no exteriorizar mi sorpresa.

—¿De qué la conocía?

—Bueno, Ethel siempre trató con tipos como él.

—¿Qué hay entre usted y Ethel? —espeté a bocajarro—. Usted no se diferencia mucho de Fowler.

Dio un respingo y palideció visiblemente.

—Sólo quiero comprobar lo que ya sé, Nolan. Si colabora lo dejaré al margen. Si no... —dije una amenaza latiendo tras mis palabras.

—Somos amigos —murmuró—, buenos amigos.

—Yo diría, más bien, íntimos amigos.

—No veo qué importa...

—A Henderson le importaría —sonreí.

—Está acostumbrado a las veleidades de su mujer —sonrió a su vez—. Pero no tiene más dinero que el de ella... ¿Entiende?

—Algo tendrá suyo.

—No lo crea, Ethel lo tiene bien amarrado..., hasta que se canse —dijo con cierta amargura—. Precisamente ésa es su costumbre.

Se hizo un breve silencio. Yo pensaba aceleradamente. Muchas piezas de aquel «*puzzle*» comenzaban a encajar en mi cerebro.

—Oiga —dijo de pronto—. No sé por qué respondo a sus preguntas. Aún no sé quién es usted. No me lo dijo.

Hice caso omiso a su pregunta. No me interesaba responder.

Una última pregunta, Nolan y le dejaré en paz. ¿Por qué Noemí Warren salió con Henderson cuando usted se «indispuso» en la fiesta de los Cranston? ¿No estaba su padre allí?

—No, Warren está preparando su campaña para senador. Debía estar fatigado y no asistió, por eso la acompañé yo.

—Bien, eso es todo —dije poniéndome en pie.

Rosie hizo lo propio.

—No ha respondido aún a mi pregunta, señor...

—Santa Claus. Ya se lo dije —sonreí.

Y cogiendo a Rosie del brazo, nos alejamos hacia la salida sin volver el rostro. Sentía perderme la expresión que debía reflejarse en el de Nolan. Debía ser todo un poema...

CAPÍTULO XII

El «Black Penguin» Club era exteriormente bastante espectacular. En su fachada había un enorme pingüino. La puerta de entrada estaba entre sus dos patas. Un toldo de lona roja cubría una alfombra hasta ella. Un portero con librea y entorchados dorados ponía una nota de color sobre el blanco y negro de la enorme figura.

Entramos. El interior no difería mucho de otros clubs, aunque estaba decorado con riqueza y gusto.

Una pista central circular, elevada sobre el resto de la sala y rodeada de mesitas con una lamparilla en cada una. Varias escalerillas conducían a ella. Al fondo la orquesta y una rampa que partiendo de la pista recorría al pie de unos cortinajes. Sin duda, por allí salían los artistas que actuaban.

Alrededor del local, un nuevo círculo de mesas, más elevado y separadas unas de otras por mamparos, lo remataba. A la derecha una barra de bar y unas puertas cubiertas por verdes cortinajes rompían el círculo. Sobre una de ellas rezaba el letrero: «Teléfono y Servicios». La otra indicaba: «Private».

Las luces indirectas, excepto las que iluminaban la pista de baile eran mortecinas. Reinaba una atmósfera de agradable intimidad.

Ocupamos una de las mesas del fondo, entre dos mamparos que la aislaban de las vecinas.

—¿Qué hemos venido a buscar aquí, Roy? —inquirió Rosie, una vez el camarero se hubo marchado a cumplimentar nuestro pedido.

—Si he de decirte la verdad, sé lo que vengo a buscar, pero no sé cómo encontrarlo.

Me miró con aire interrogante y decidí explicárselo.

—Verás, como ya sabes, Noemí Warren y Ronald Henderson fueron drogados la fiesta de la noche de los Cranston, para poderles efectuar aquellas comprometedoras fotografías. Al salir de la fiesta,

estuvieron aquí. Me gustaría saber dónde fueron drogados, si en la fiesta, aquí o si fue Henderson el que drogó a la chica y en ese caso también pudo hacerlo en el coche.

—¿Dónde supones tú que lo hicieron? —preguntó Rosie pensativa.

—Aquí —dije convencido—. Si lo hubieras hecho en la fiesta, hubieran podido dormirse allí o en el coche y sufrir un accidente. Si fue aquí, seguramente lo calcularon para que les hiciera efecto nada más llegar al coche. Hay, como ves, varias incógnitas en la forma de hacerlo.

—Roy. ¿Te has dado cuenta de que, si en efecto fue aquí, Henderson tiene mucho que ver con eso? Nadie sabía que vendrían. Fue idea suya al salir de la fiesta —expuso Rosie, inteligentemente.

—No exactamente, nena. Henderson pudo traerlo aquí porque tenía que venir aquí.

—¿A qué?

—Puede ser eso lo que tengamos que averiguar.

La llegada del camarero con las bebidas hizo que calláramos.

Una vez nos hubo puesto en la mesa los dos «high-balls» pedidos, le preguntó antes de que se retirara:

¿Suele venir por aquí un señor llamado Henderson, Ronald Henderson?

El camarero sonrió con aire de suficiencia.

—¡Naturalmente que viene, señor! Su esposa es la dueña de este negocio.

—¿Está ella aquí? —Inquirió asombrado.

La cara de Rosie con la boca abierta era otro poema.

—Ella no viene casi nunca, señor.

—Entonces... ¿quién se encarga de esto?

—El gerente, señor —aclaró pacientemente el camarero.

—Ya. ¿Y se llama...?

—Barry Knowles —dijo, e hizo ademán de marcharse.

Aproveché para pagar y le gratifiqué con veinte «pavos» por sus informes. Junto a él, Maurice Chevalier habría perdido el título de «galán de la sonrisa». Con un ceremonioso saludo que me recordó a Li Wang Pen, se alejó de nosotros sorteando las mesas.

—¡Vaya sorpresa! —exclamó Rosie—. Esto aclara las cosas, ¿no?

—Así parece —gruñí—. Tendré que echar una parrafada con el

tal Knowles. —¿Te acompaño?

—En cuanto bebamos —dije tomando mi

«High-ball»

y llevándomelo a los labios.

—¿No bailarnos aunque sea sólo una vez? —inquirió Rosie.

Sus ojos brillaron inusitadamente.

—No lo hacemos casi nunca.

—Claro, nena. Ahora mismo —dije complacido.

Dejé el vaso sobre la mesa y me levanté.

Rosie me imitó, precediéndome hacia la pista.

Unos segundos después, la tenía en mis brazos, muy pegada a mí. Pensé que estaba más nervioso que un colegial; quizá por ello, lo hice.

La besé descaradamente.

No respondió a mi beso. Tampoco profirió queja ni protesta alguna. Eso me exasperó.

La miré a los ojos y me di cuenta de cuán extrañamente brillaban.

Entonces, como un desafío, me preguntó con voz suave:

—¿Qué sigue ahora, Roy?

Callé porque, en realidad, no sabía qué decir. Traté de sumergirme en aquella música lenta, acariciadora, cadenciosa.

—Lo siento, nena. No pude evitarlo —dije al cabo de un rato rompiendo el muro de silencio que habíamos levantado entre nosotros—. Me gustas. Mucho más que ninguna otra mujer. Lo sabes.

Su aparente altivez se relajó.

—Yo lo deseaba también, Roy. Pero no lo repitamos —dijo desconcertadamente.

Ahora sus ojos centelleaban peligrosamente.

Aunque me pareciera imposible que hubieran brotado de sus labios, era ella quien había pronunciado aquellas palabras.

—Te quiero, Roy. Y te querré siempre —añadió—. Pero ya sabes lo único que exijo a cambio.

Es posible que hubiera finalmente encontrado palabras para darle una respuesta, pero en aquellos instantes terminó la música y sonaban los acordes anunciando el principio de un nuevo pase de atracciones.

Rosie se desprendió lentamente de mi abrazo y entonces sentí que se esfumaba el hechizo.

Le acaricié la mejilla con mi mano derecha y luego la tomé del brazo para llevarla hasta la mesa.

Nos sentamos en silencio y ambos bebimos, casi con avidez.

—Cuando quieras, Roy —dijo Rosie al cabo de un rato.

Asentí con la cabeza y me levanté.

Fuimos hasta la cortina sobre la que se leía «PRIVATE». — Sígueme— dije.

Y empujé la cortina.

Había un largo pasillo tras ella y un par de puertas al fondo. A mitad del pasillo, un tipo sentado en una silla, leyendo una revista, se levantó y vino hacia nosotros. —¿No leyeron el letrero?— masculló.

—Queremos hablar con Knowles —dije secamente.

—Imposible.

—¿Ha muerto? —dije inocentemente.

—No —respondió el «torpedo» un tanto desconcertado.

—Entonces avíseles que Roy Nelson desea verle.

—No sé si será posible —vaciló el tipo.

—Pues pregúntelo.

—¿Cuál es el motivo de la visita?

—Hablar de asesinatos —dije sonriendo beatíficamente.

—Oiga, amigo —gruñó amenazadoramente el guardaespaldas—. Si pretende reírse de mí, voy a hacerle trizas aquí mismo.

—Me hizo una pregunta y yo respondí. Eso basta. He venido a hablar de asesinatos. El «matón» se rascó la cabeza y optó por hacerme caso. Rosie había contemplado la escena sonriente, pero sin despegar los labios.

Finalmente nos lanzó una última mirada preñada de amenazas y, sin decir más, nos llevó ante una de las puertas y dando unos suaves y estudiados golpecitos entró precediéndonos.

—Jefe, este tipo dice que es Roy Nelson y quiere hablar con usted de asesinatos. El hombre que había tras la mesa escritorio revisando un montón de papeles dio un salto en el sillón y se puso en pie, furioso.

—¿Qué estupidez estás diciendo, Bill? Ya te dije que no estaba para nadie. —Fijó la vista en nosotros y añadió—: ¡Échalos!

Bill se volvió hacia nosotros y trató de cogerme por la solapa de la americana.

Mi rodilla se hundió en su bajo vientre y, cuando le largué un zurdazo, trastabilló y se vino abajo con un aullido de dolor. Comenzó a revolcarse gimiendo y lanzando palabrotas hasta que lo calmé de una patada en la sien.

Knowles despertó de su incredulidad y metió su mano en un cajón. Pero la sacó vacía y muy lentamente cuando vio que le miraba el ojo de mí «Magnum» y mi dedo se curvaba en el gatillo.

—No haga más tonterías, Knowles, o lo dejo seco.

—¿Qué quieren de mí? —tartamudeó.

Eso ya es más razonable, primero, ponga sus manos bien planas sobre la mesa que yo las vea bien. Segundo, conteste a mis preguntas y en diez minutos nos habrá perdido de vista. ¿Conforme?

Knowles asintió, obedeciendo rápidamente.

Da gusto ver cómo la gente colabora sin rechistar, aunque la estés apuntando con una «Magnum», claro. Y aquel tipo no era una excepción.

—¿Quién es el dueño de este bochinche? —espeté.

—Ethel Henderson —dijo débilmente.

—Siga así, Knowles y todo irá bien —dije para animarlo—. ¿Viene a menudo por aquí?

—No. En realidad lo administro yo, aunque su marido venga de vez en cuando para revisar mis cuentas.

—¿Conocía a un tal Ernie Spencer?

—Sí, claro. Desde hace años. Ambos éramos buenos amigos de Ethel desde antes de casarse con Mansfield.

—¿Quiere decir que Ethel Henderson había estado anteriormente casado con ese Mansfield?

—Exactamente. Hasta que se mató en un accidente de automóvil.

Empezaba a resultar interesante el diálogo con Knowles.

—¿Qué sabe de la muerte de Spencer? —Seguí preguntando.

—Alguien le mató.

—¿Quién?

—No soy adivino, amigo Nelson.

—Aun así... ¿Qué sabe de eso, Knowles?

—Absolutamente nada. Spencer era mi amigo. Ya se lo dije.

—Spencer era un sinvergüenza.

—Usted tiene la pistola, no yo —dijo fríamente—. Opine lo que quiera.

—Hace unos días estuvo aquí una noche Ronald Henderson acompañado de una chica pelirroja de ojos verdes, rasgados.

—¿De veras? —inquirió con sarcasmo.

—¿Es que no los vio?

—Salgo poco a la sala, Nelson.

—Por lo menos, a él tuvo que verlo. Estuvo aquí en su despacho —aventuré—. Tenía un encargo de Ethel Henderson. ¿Despierta ya su memoria?

—Puede ser. ¿Tan importante es que recuerde eso?

—Alguien los drogó —dije a bocajarro.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —dijo nerviosamente, mientras minúsculas gotas de sudor comenzaban a perlar su frente.

—Tuvo que ser usted quien lo hiciera, Knowles. Porque los drogaron aquí.

—No podrá probarme eso —balbuceó cada vez más inquieto.

—Se lo haré confesar, no lo dude. Y lo va a hacer ahora mismo y por escrito. También reconoceré haber enviado en distintas ocasiones cinco «torpedos» para darnos un «tratamiento» a mi secretaria y a mí, a fin de alejarnos de cierto asunto relacionado con la «Mac Linton».

No puede obligarme, Nelson. Diría que firmé bajo presión. No le valdría de nada.

Sería un papel mojado a algunos de sus pistoleros que silenciaran a los dos que subieron a mi despacho para amedrentar a mi secretaria si se dejaba coger. Antes de morir, uno de ellos confesó que trabajaban para usted.

—¡Miente! —Casi gritó Knowles levantándose de un salto.

—Las manos sobre la mesa, Knowles. ¡No volveré a repetirlo!

—Roy, ese tipo está despertando —dijo Rosie señalando a Bill.

En efecto, el mentón rebullía tratando de alejar la inconsciencia que lo atenazaba.

Sin la menor contemplación, le largué un punterazo al hígado que lo aquietó. En breves segundos su rostro adquirió un tinte tan pálido como el traje de una novia. Otro en la sien y se inmovilizó.

Knowles tenía el terror reflejado en su rostro. Mis métodos le producían sin duda alergia y no le tranquilizaban precisamente.

—Saca papel y pluma y escribe, Knowles. Yo te dictaré. Y no intentes sacar nada más del cajón. Me estoy aguantando las ganas de apretar el gatillo, ¿comprendes? No me tientes.

Diez minutos después tenía una hermosa confesión de Barry Knowles en mi bolsillo.

—No le servirá de nada, Nelson. Le juro que no le servirá.

Bilí ya comenzaba a recobrar otra vez el conocimiento.

Me puse en pie y me situé de tal modo que con mí «Magnum» lo cubriera a él y a Knowles, que permanecía en silencio, mirándome con los ojos centelleantes. Sin duda se preguntaba qué pretendía hacer ahora.

Rosie me miraba también con expectante curiosidad.

Dejé que Bill adquiriera casi su total consciencia y lo llamé para atraer su atención.

—¡Tú, cabrón! —grité—. Knowles, tu jefe ha confesado que fuiste tú quien apioló a tus dos compañeros ante el edificio de mi oficina, desde un coche. ¿Qué dices a eso?

—¡Maldito bastardo! —exclamó el matón incorporándose y yendo hacia la mesa sin importarle la amenaza de mi arma—. El hizo que los mataran, yo oí como dio la orden, pero yo no fui en ese coche.

—¡Quieto o disparo! —Me vi obligado a gritarle, pues ya estaba casi encima del gerente del «Black Penguin» que trataba de encogerse en el sillón como si de esta manera pudiera hurtar las manos del matón que ya estaban a punto de alcanzarle.

El tono amenazador de mi voz hizo que Bill se detuviese como si hubiera topado con un muro invisible.

Se volvió hacia mí, después de escupir a la cara de Knowles y señalándolo dijo:

—El mató a un tal Ernie Spencer. Yo le esperaba abajo en el coche, pensó que iba a visitarlo, pero en realidad fue a liquidarlo.

—¡Calla, Bill! —chilló Knowles histéricamente—. Yo no te acusé de nada.

No me interesaba que Knowles siguiera hablando, así que lo hice callar de la única forma posible. O por lo menos, la más rápida: le descargué un golpe con el cañón de mí «Magnum» en el mentón y

Knowles se derrumbó en el sillón, mudo para un buen rato.

Antes de que Bill pudiera asimilar las palabras de su jefe, le puse ante las narices el papel que escribiera y firmara aquél. La letra y la firma debían serle familiares, por lo que ya no dudó de que era yo quien decía la verdad.

Debió haberlo matado, Nelson. Es un cochino cobarde.

—Si puedes demostrar que no ibas en ese coche, no te pasará nada, Bill. En cuanto a tu jefe, sería beneficioso para ti que hicieras una declaración firmada de cuánto sabes. En especial de la muerte de Spencer. Si ignorabas lo que iba a hacer, no podrán acusarte de cómplice.

Bill no lo pensó demasiado.

—Está bien —gruñó—. Deme papel y pluma y se lo daré por escrito.

Poco después leía con agrado el veneno vertido en el papel por Bill. Había anotado los nombres de los tres ocupantes del coche, de modo que la limpieza iba a ser completa.

—¿Recuerdas el número telefónico del Precinto 3, Rosie? —pregunté mientras guardaba los documentos suscritos por Bill y Knowles.

—Sí, Roy —dijo ella.

—Márcalo y di a Hawkins que se ponga. Hablaré con él.

Rosie se aproximó a la mesa y discó el número que le había solicitado. Me pasó el aparato cuando Hawkins se puso al otro extremo de la línea.

Mí «Magnum» seguía cubriendo a Bill y al aún desvanecido Knowles.

—¿Kenneth? —inquirí.

—Sí, Nelson. ¿Algún nuevo lío? —Gruñó.

—Tengo dos nuevos tipos para ti —dije en tono festivo.

—Que estarán muertos, claro... —se lamentó el policía.

—No, hombre. Estoy en el «Black Penguin» Club. En el despacho privado del gerente.

Ven a recogerlos y no tardes. Tengo buenas noticias para ti.

—Lo dudo, pero voy para allá, no sea que se te muera alguno.

Y el tío colgó lindamente el aparato, antes de que pudiera decirle algo gordo.

No tardó más de veinte minutos en irrumpir en el despacho de

Knowles, que ya había recobrado el conocimiento y tenía una expresión hosca en su semblante. El sargento Finney le seguía a pocos pasos.

Bill estaba sentado en un sillón, fumando apaciblemente. Parecía estar totalmente recuperado de mí «tratamiento» y había adoptado un aire ausente, como si nada de lo que le rodeaba fuese con él.

—Aquí tienes a tus «invitados» —dije a guisa de saludo, señalándole a Bill y a Barry Knowles. Al propio tiempo le tendí las dos confesiones firmadas.

Hawkins lanzó un silbido de asombro al leer la de Bill.

—¿De modo que este tipo fue quien mató a Spencer, eh? —dijo señalando a Knowles.

—Exactamente.

Knowles dio un respingo y comenzó a lanzar una retahila de insultos a Bill y maldiciones, sin que éste diera muestras de enterarse.

—Hawkins —añadí—. Deja a estos tipos en el Precinto y vente al Nuevo Seúl a cenar con nosotros. Creo que puedo ofrecerte la solución de los crímenes de la «Mac Linton».

No fue Selwyn Lloyd exactamente el culpable.

El rostro del teniente se iluminó como, si hubiera tenido una visión.

—No faltaré y esta vez no será por la cena de Li que tendré gusto en ir.

—¿Quiere acompañarnos también, Finney? —Invité al sargento.

—Si el teniente lo aprueba...

¡Naturalmente! —dijo Hawkins—. Dentro de una hora estaremos allí.

Y ambos salieron tras las dos buenas piezas que les habíamos preparado.

Rosie y yo lo hicimos poco después. Nadie nos cerró el paso.

ESTE ES EL FINAL

Nos hallábamos en la sobremesa, tomando unos cafés en el Nuevo Seúl después de una magnífica cena. Finney saboreaba un descomunal habano.

Hawkins hacía ya un buen rato que se removía inquieto, sin cesar de mirarme.

—Estoy deseoso de oírte, Roy —espetó de pronto.

—Pues no he parado de hablar —sonreí burlón.

Rosie lanzó una risueña carcajada.

—Tú ya sabes lo que quiero decir —gruñó amoscado el teniente.

—Bien, vamos allá. Me visitaron dos personas en el despacho, por separado, para exponerme que...

—Si empiezas así veladamente, no veo qué voy a sacar en limpio —se lamentó, Hawkins.

Ahora fui yo quien le interrumpió.

—Escucha; Ya hablamos el otro día y en otras ocasiones del secreto profesional. La identidad de estas personas no viene al caso. No importa para la resolución. Son iras clientes y no considero necesario exponerlos a más molestias. Y ahora, aclarado esto, si no me interrumpes, proseguiré.

Gruñendo, me hizo un ademán de que continuase, y lo hice empezando de nuevo.

—Esas dos personas que, como digo, vinieron por separado me expusieron casualmente el mismo problema. Alguien las extorsionaba. A causa de deslices cometidos, no delitos. El precio impuesto por el silencio y entrega de las pruebas era nada menos que matar.

»Mis dos clientes tenían que matar a dos componentes del consejo de la Mac Linton Mines and Co., Phil Cranston y Thomas Warren. Un nuevo cliente que acepté luego, porque ninguno de los tres tenía intereses contrapuestos debía a causa de otra extorsión

matar a Mark Garrett.

»Sin duda a Selwyn Lloyd, víctima de otro chantaje, se le impuso matar a Louis Mitchell y Martín Disher. Éste seguramente muy asustado llevó a cabo los asesinatos y arrepentido se suicidó.

»Casualmente, todos los amenazados eran miembros del consejo de administración y socios de la Mac Linton. Enseguida busqué alguna ligazón, algún móvil que pudiera conducirme a la identidad del chantajista. Lo hallé enseguida. Eran en total ocho socios que tenían cada uno el 10 % de las acciones. Reunían pues, entre todos, el 80 %. El 20 % restante estaba muy repartido entre otros accionistas no administradores. No se cotizaban en Bolsa, pues los ocho eran compradores de las que surgieran.

»En caso de fallecimiento de los titulares, las acciones tenían que ser ofrecidas por partes iguales a los socios sobrevivientes. Si a alguno de ellos no le interesaba comprar o no podía hacerlo, se dividían, siempre por partes iguales, entre los restantes. Todo ello parecía concordar, ya que los socios muertos o amenazados eran seis a los dos que quedaban sin amenaza, es decir a Clarence Norton y a Ronald Henderson.

»A Henderson resultó luego que, por unas fotografías en posiciones pornográficas tomadas en unión de una joven, se le chantajeaba conminándole también a matar a Mark Garrett. Henderson no era culpable de la toma de esas fotografías ya que tanto él como la chica estaban drogados y fueron tomadas estando inconscientes. No obstante, por las posiciones, podía parecer que la juerga había sido real.

»Quedaba pues Clarence Norton como único al que no se amenazaba con matar, ni conminase a hacerlo. Demasiado sencilla esta solución. No mordí el anzuelo. Norton, si era el organizador, no podía ser tan imbécil. Un comentario de Henderson me dio la clave cuando le expuse todo esto. Me dijo textualmente: Norton y yo no estamos asignados como víctimas, porque no somos importantes para ser asesinados.

»Tardé en caer en la cuenta pero, al final, vi claro. Norton, según los informes que tenía de él, atravesaba una mala situación económica. Esto podía parecer sospechoso, pero en realidad le exculpaba. No había podido comprar las acciones que le pudieran corresponder de las muertes de Mitchell, Disher y Lloyd. Por eso no

era importante para el chantajista. Al menos por el momento, ya que su participación seguía siendo de un 10 %, mientras que, el que organizaba este embrollo se pensaba hacer con el 70 %.

»Estas consideraciones me empujaban hacia Henderson. Veamos por qué.

Hice una pausa para encender un cigarrillo. Rosie, Hawkins y Finney me escuchaban absortos, sin duda buscando cada uno el desenlace. Lancé una bocanada de humo y proseguí:

—Henderson había recomendado a un tipo como guardaespaldas a la Mac Linton. Éste no era otro que Ernie Spencer. Spencer, siguiendo a mis primeros dos clientes, había intentado alejarme del caso, entregando a mi portero un sobre con cincuenta mil dólares. Al proseguir yo, trataron de pegarme la gran paliza o matarme. Tú apresaste la otra noche a aquellos dos tipos en el «Scotch».

»Ernie era quien proporcionaba los “motivos” para los chantajes a su jefe. Los sacaba de un psiquiatra a cuyo archivo tenía acceso. No viene a cuento quién fuese éste, pues no era responsable directo de ello. Cuando él, Ernie, vislumbró el gran negocio que su jefe iba a hacer en la Mac Linton, retuvo las pruebas de los chantajes contra mis clientes y sin duda no las quiso entregar si no era a cambio de una buena participación en el negocio. Esto fue causa de que el chantajista se decidiera a eliminarlo y para ello utilizó a Knowles, gerente de un club que administraba Henderson, club donde también fueron drogados Henderson y la chica de las fotografías. Esto y otros datos que no puedo revelar sin descubrir a mis clientes me conducía indefectiblemente a Henderson. Pero su frase me abrió los ojos como hiciera con respecto a Norton. Henderson NO ERA IMPORTANTE. Ahí estaba la solución.

»Henderson no era el propietario del Black Penguin. Tampoco era él el dueño de ese 10 % de la Mac Linton. El simplemente representaba a su mujer, Ethel, auténtica propietaria de todas las acciones que figuraban como si fueran de Henderson. La fortuna de los Henderson procede de la boda de Ethel con un tal Mansfield, que falleció en un accidente de automóvil dejando a su esposa como única heredera.

Hice una nueva pausa y extraje de mi bolsillo las dos fotografías de Spencer con una mujer que encontrara en aquel sobre en su apartamento. Las tendí a Hawkins.

—Estas fotografías son de Ethel Henderson con Ernie Spencer, un antiguo y buen amigo en unión de Knowles. Si aprietas a este último, acabará confesando que mató a Spencer por orden de Ethel Henderson. No podía negarse, pues ello significaba acabar con su puesto de gerente en el Black Penguin con un fabuloso sueldo.

»Tampoco te será difícil comprobar que Ethel Henderson pagó una cantidad a un tal Edwin Nolan con quien posiblemente ha tenido un romance para asegurarse que se “indispondría” en una fiesta que dio Cranston a fin de que su marido acompañase a la joven que él había convenido acompañar. Henderson, que por orden de su mujer tenía que ir al Black Penguin, se dejó drogar sin saber que ello ocurría, en unión de la joven. Ambos, especialmente Henderson, serían amenazados con ciertas fotografías amañadas.

»Encontrarás al tal Nolan en el «Corinthian's Club, por las tardes, si no está en su domicilio. Sus señas están en el directorio telefónico.

—¿Y la chica que acompañó a Henderson? ¿La de las fotografías?

—Olvídala. No tuvo nada que ver, ni nada que reprocharse.

—¿Y las pruebas de los chantajes? Las que Ernie no quiso entregar a Ethel Henderson, ¿dónde están?

—Las entregué a los interesados. Ya no existen —mentí a medias, pues iba a destruirlas en presencia de los clientes.

—¡Pero eso no es legal! Tenían que habérmelas entregado. Puedes verte en un lío por ello, chico listo.

—¿Sí? Te doy un caso resuelto. Una asesina en bandeja, ¿y aún quieres meterme en un lío? Uno de mis clientes ya lo conoces, Henderson. A él sólo le amenazaba con las fotos. Si él no mataba a Garrett, que era el socio que tenía asignado para eliminar, quedaba en manos del chantajista, que le amenazaba con mostrarle las fotografías a su mujer. Ésta tendría en cualquier momento un motivo para ser libre como una alondra, y él, en la silla.

»Otra de mis clientes era la joven que acompañaba a Henderson en las fotografías. Era lo único que Ethel Henderson tenía contra ella. De modo que no hace falta involucrarla.

¿Comprendes?

—Conforme hasta ahí —masculló Hawkins—. Pero ¿y tú otro

cliente?

—Olvidalo. No figura para nada en el caso, ni oirás hablar de él.

—Está bien, dejémoslo así, pero insisto en que no es ético por tu parte.

—¿No es ético defender un cliente que no tiene de qué culparse? En vez de recriminarme podrías darme las gracias, ¡qué diablos! Igual os ascienden por eso, y maldito lo que os habéis calentado los cascos; en cambio yo quedaré inédito.

Hawkins enrojació hasta la raíz de los cabellos y Finney tosió y carraspeó, atragantándose.

—No estaría de más que también averiguaras qué clase de accidente fue el que acabó con Mansfield. No me extrañaría que aquél fuera el primer crimen.

—No es mala idea. ¡Oye! ¿Sería mucho pedirte que me redactaras un informe lo más detallado posible de todo esto?

—Mañana te lo enviaré al Precinto.

—¿Mañana?

—Hombre, no pretenderás que nos pongamos a redactarlo ahora.

—No, claro. Tienes razón. Bueno, que paséis buena noche. Para nosotros va a empezar ahora. Vamos a por la Henderson —dijo Hawkins poniéndose en pie, imitado por Finney.

Gracias por todo, Roy...

—Y por la cena... —añadió Finney—. Lástima la digestión que nos espera.

Nuestras risas les acompañaron hasta la puerta.

—Confieso que no esperaba este final en el caso presente. ¿Quién iba a decir que fuera ella?

—El caso de los asesinos que no querían matar —susurré—. También yo tardé en ver la luz. Siempre me estrellaba en Spencer. ¡Bah!, por esta noche no quiero pensar más en todo esto. Mañana por la mañana haremos el informe para Hawkins y llamaremos a nuestros clientes para entregarles las pruebas que sirvieron para extorsionarles.

—¿Hará falta que vaya a tu apartamento esta noche? —susurró Rosie.

La miré fijamente.

—Sería más seguro —dije—. Así lo convinimos.

—Me da pereza pasar antes por el mío...

—No vayamos. Puedo prestarte un pijama y compartir contigo mi cepillo de dientes.

Sonrió alegremente y me pareció que sus ojos brillaban distintos.

Salimos envueltos en las ceremoniosas reverencias de Lí. Miré hacia lo alto. En el cielo, las estrellas, juguetonas, se guiñaban los ojos las unas a las otras.

No hacia el viento acostumbrado, ni tampoco había acudido la bruma habitual. Era una noche agradable, distinta, espléndida.

Sentí el calor de Rosie, cogida de mi brazo y me sentí súbitamente feliz. Antes de llegar ante el «Chrysler» me paré y, tomándola suavemente por los hombros, la enfrenté conmigo y la besé suavemente en los labios.

Rosie me miró a los ojos, luego se alzó sobre la punta de sus pies y sus labios húmedos y gordezuelos buscaron los míos, ávidos, incontenibles. Los fundimos en un beso ardiente, que pareció abrasarnos. Luego, lentamente, volvimos a caminar muy juntos. Sí, aquella noche sería maravillosa, distinta.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

NOTAS

[1] Gran muchacho. < <

[2] Carterista. < <